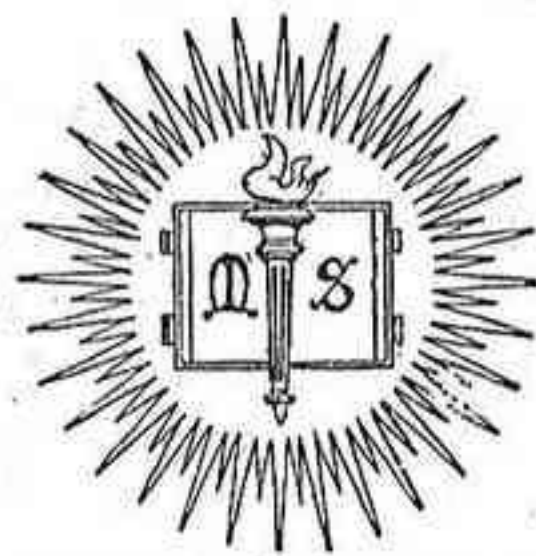


La Ilustración

ATENEU DE
BIBLIOTECA
MADRID



Artística

Año XX

BARCELONA 4 DE NOVIEMBRE DE 1901

Núm. 1.036

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el cuarto tomo de la presente serie, que será el segundo y último de la interesante obra «Astronomía Popular. Descripción general del cielo.»

SALÓN PARES



ENCAJERAS, cuadro de Laureano Barrau

SUMARIO

Texto. - *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. - *Laureano Barrau*, por A. García Llansó. - *Salvadorón*, por Eduardo Marquina. - *Origen de un cantar*, por Rafael Ruiz López. - *Crónica parisiense. La mudanza*, por Juan B. Enseñat. - *Tycho Brahe (con motivo del 300.º aniversario de su muerte)*, por B. H. - *El charlatán*, por P. Gómez Candela. - *El bandido Musolino*, por S. - *En la playa, cuadro de Augusto Hagborg*. - *Miscelánea*. - *Problema de ajedrez*. - *Un misterio*, novela ilustrada (continuación). - *Esculturas decorativas de Lamberto Escaler*, por G. Ll. - *Libros enviados a esta Redacción*. - *El nuevo cañón americano*, por P. de M.

Grabados. - *Encajeras*. - *El columpio*. - *Regreso de la pesca*. - *El cebo*. - *España*, cuadros de Laureano Barrau. - *Retrato de Laureano Barrau*. - Dibujos de Gosé que ilustran el artículo *Crónica parisiense. La mudanza*. - *El astrónomo Tycho Brahe*. - *Uranienborg, el observatorio de Tycho Brahe*. - *El sistema solar de Tycho Brahe*. - *En la playa*, cuadro de Augusto Hagborg. - *El bandido italiano José Musolino*. - *Jardínera, Mascarilla, Medallón y Joyeros*, esculturas decorativas de Lamberto Escaler. - *El nuevo cañón americano Gathman*.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

La situación de Cuba. - Antecedentes. - La Convención. - Los partidos. - «Los Reyes del Tocino» y *La Discusión*. - Anexionistas y nacionalistas. - La Constitución cubana. - La enmienda Platt y su historia. - Exigencias y tenacidad del gobierno de Washington. - La República cubana.

Con razón afirma Nestler Tricoche, en la *Revue française de l'étranger*, que la situación de Cuba es más difícil de definir ahora que en los últimos meses de 1898.

En aquellos días podía suponerse que el gobierno de Washington estaba dispuesto a proceder tal como el Congreso de la Unión había declarado a propuesta de Teller. «Los Estados Unidos no tienen propósito de ejercer soberanía, jurisdicción ó protectorado sobre la isla, excepto para la pacificación; conseguida la paz, el pueblo cubano podrá gobernarse libremente.»

Tres años después, ese mismo Congreso se impone a la asamblea cubana y la obliga a admitir en su constitución cláusulas que, de hecho, ponen a la isla bajo la tutela de los Estados Unidos.

En junio de 1900, Wood, el gobernador militar de Cuba, autorizó, en nombre de su gobierno, la convocatoria para la Convención ó Asamblea constituyente. Reunida ésta, entran en juego y en lucha las opuestas aspiraciones representadas por los partidos políticos que aspiran a dirigir la nueva república. Capitalistas a quienes conviene que los Estados Unidos no abandonen la isla, conservadores y antiguos autonomistas que habían transigido ó estaban dispuestos a transigir con España, forman el núcleo del partido «Unión democrática», dispuesto también a transigir con los Estados Unidos; los que en otro tiempo más se acercaban a España, ahora simpatizan con los yanquis, aceptarían de buen grado la anexión a la gran república del Norte, y son los que menos confianza tienen en los destinos de su propia raza en América. Los revolucionarios, los que fueron más resueltos enemigos de España, los que perdieron su hacienda y derramaron su sangre por defender la independencia, se agrupan en el gran partido nacional y ven con disgusto toda ingerencia de los Estados Unidos en los asuntos de Cuba; desde el punto de vista étnico, se podría decir que constituyen el partido español. Se avienen con los de la Unión democrática algunos de los más caracterizados en el partido republicano que fundó Juan Gualberto Gómez; éstos también aprovechan toda ocasión de zaherir a España y a los españoles y proclamar las excelencias del pueblo norteamericano.

Poco hace se estrenó en la Habana la obra de Sardou «Los Reyes del Tocino.» Mas pronto se prohibieron las representaciones, con aplauso de republicanos y demócratas. «Nosotros los cubanos - decía *La Discusión* - después de haber estado cuatro siglos bajo el látigo de la dominación española, no hubiéramos consentido que se ponga en escena una obra en que se ofendiese a la mujer española, a la madre española.» Y naturalmente, ahora que viven bajo el látigo de la dominación yanqui, instrumento que, sin duda, maneja muy a gusto de ellos el general Wood, ¿cómo habrían de tolerar que se representase en los teatros de la Habana «Los Reyes del Tocino?» Y procura *La Discusión* remachar el clavo para que no pueda ponerse en tela de juicio la opinión que tiene formada de los españoles y en general de los pueblos latinos; en sus comentarios y crítica de la obra de Sardou muestra todo el desprecio que le inspira nuestra raza, esa desdichada raza latina, dice, que no tiene en su historia más páginas heroicas que Metz, Sedán, Manila y Santiago de Cuba.

En los primeros meses que siguieron a la ocupación de Cuba por los yanquis eran pocos los anexionistas, ó por lo menos se guardaban de exponer públicamente sus aspiraciones, ó bien, como los Estados Unidos continuaban haciendo alarde de generosos propósitos, presentándose como valedores de la independencia, podíase ensalzar y glorificar al pueblo libertador de Cuba, sin tener que renunciar a aquélla.

Así, el nacionalismo triunfó en la Convención, y pudo creerse que Cuba iba a ser una República completamente libre é independiente. Según el proyecto de Constitución, ejercerían el poder legislativo un Senado y una Cámara de representantes, con cuatro senadores por departamento y un diputado por cada 30.000 habitantes. El presidente debía ser cubano de nacimiento ó naturalizado que por lo menos hubiera servido diez años en las guerras contra España.

No faltaron manifestaciones de gratitud ni expresión entusiástica de filial cariño al gran pueblo que había dado hombres y dinero para que los cubanos expulsaran a España, ni ofertas de tratos ó convenios comerciales para que pudiera aquél resarcirse de los sacrificios hechos, dado caso que Puerto Rico y Filipinas no se considerasen como suficiente compensación.

Pero los yanquis son gentes prácticas, muy positivas; la mera expresión de reconocimiento por el bien hecho ó el servicio prestado, la utilidad presente garantida por convenios que una nación libre y soberana puede anular en lo futuro, podrían satisfacer, como diría *La Discusión*, a pueblos idealistas, a hombres de raza inferior; de ninguna suerte a esos superhombres que por selección de *lo mejor* de Europa se han formado en la América del Norte.

* *

La Constitución cubana no agradó, pues, en los Estados Unidos. Al conocerla, aquellos republicanos imperialistas prorrumpieron en gritos de indignación. Ellos, que habían substituído el látigo español con sus cariñosos brazos, que reformaban el sistema de impuestos, que establecían una honrada administración, que instruían al pueblo, etc., etc., ¿no merecían siquiera que los cubanos pidiesen y acetasen su protectorado ó les dieran activa intervención en sus asuntos? Los ingratos habían tomado en serio su papel legislativo, y en vez de acordar que se les hiciera el honor de admitir a Cuba como territorio de la Unión, tenían la audacia de romper todo lazo con ésta. Creían, sin duda, que se habían batido por su libertad y no para cambiar de amo, y rechazaban al nuevo señor, a pesar de que éste, como decía irónicamente *The Weekly Post*, se les presentaba nada menos que con un nuevo sistema de cloacas. Y a propósito de la honrada administración de que alardean los yanquis, objeto también de las ironías ó censuras de otros periódicos norteamericanos, recuerda Nestler que por aquella época ocurrieron en Cuba el escándalo del servicio de correos, el episodio no menos edificante del contrato Dady y otras de las que nosotros por eufemismo llamamos irregularidades.

El gabinete de Washington había pedido a la Convención que expusiera su parecer acerca de las relaciones de la nueva República con los Estados Unidos. Sin esperar respuesta, en el Senado yanqui el presidente de la Comisión de relaciones con Cuba presentó, a fines de febrero de 1901, la famosa enmienda que establecía como condición para el reconocimiento por los Estados Unidos de la independencia cubana la inclusión en la ley constitutiva de varios artículos que limitaban el derecho de Cuba a celebrar tratados y administrar su hacienda, y la obligaban a observar medidas sanitarias, a no resolver sobre el dominio de la isla de Pinos, y a consentir que los Estados Unidos tuviesen el derecho de intervención para velar por la independencia de Cuba y procurar que hubiese en la isla gobiernos capaces de garantizar la vida, la propiedad y la libertad individual y de cumplir las obligaciones impuestas por el tratado de París. Además, para que los Estados Unidos pudieran mantener la independencia de Cuba y proteger al pueblo cubano, como también en interés de la propia defensa, el gobierno de la isla vendería ó arrendaría a los Estados Unidos los terrenos necesarios para establecer depósitos de carbón ó estaciones navales.

Que el gobierno de Washington se proponía no cejar en sus pretensiones, lo demostró bien pronto su ministro de la Guerra, enviando al general Miles a que inspeccionara la isla de Pinos, que los Estados Unidos deseaban conservar, como ya se indicaba en la enmienda Platt.

Los individuos de la Convención que aún confiaban en la nobleza y generosidad de Mac Kinley,

comprendieron su error. Aquélla rechazó los artículos de la enmienda relativos a la inspección financiera y sanitaria y a la posible intervención militar de los Estados Unidos, y se entró en el período de desconfianzas, de agitación política, de temores de guerra que renovase los tristes últimos días de la dominación española y que diera pretexto a los yanquis para la definitiva conquista y para iniciar en Cuba los procedimientos de exterminio y desolación aplicados ya en Puerto Rico.

* *

A partir de esta época, el bando anexionista cobró mayores bríos. Justo es decir que muchos de los que apoyan esta solución, lo hacen para evitar que sobrevengan mayores daños en la desgraciada isla, y por la desconfianza de que Cuba pueda vivir independiente si los Estados Unidos se proponen con resuelto empeño señorearse de ella. Creen, sin duda, que es prudente adoptar la conducta del viajero ó caminante que allá en la primera mitad del pasado siglo, por salvar su existencia entregaba cuanto poseía a los reyes de Sierra Morena. Hay que atenerse a los tiempos y a las circunstancias. Entre nosotros, esos reyes ya no reinan en los montes, gracias a la guardia civil y a los tribunales de justicia. Pero en la vida internacional aún prevalecen las costumbres y prácticas de antaño, porque el pueblo que atenta contra el derecho de los demás, si tiene fuerza, impune queda. Por esto los prudentes, los que a todo trance quieren vivir con tranquilidad disfrutando de la propia hacienda ó del producto de su trabajo, ceden ante el fuerte, y para cohonestar la humillación, buscan motivo ó pretexto que justifique ó excuse su actitud. De la especie boer quedan ya pocos ejemplares en la tierra.

El gobierno de Washington insistía en sus exigencias; demócratas y republicanos estaban dispuestos a someterse; los nacionalistas, los más resueltos partidarios de la independencia, comprendían que no había ya más que dos soluciones, aceptar la enmienda Platt ó declarar la guerra a los Estados Unidos. La convención procuró ganar tiempo y obtener alguna concesión; no pudo entenderse con Wood, y en abril último envió comisionados a Washington. Mac Kinley les aseguró que sólo se apelaría a la intervención armada en caso de anarquía; por otra parte, procuró halagar y atraerse a los hacendados y plantadores, indicando la posibilidad de que se rebajasen los derechos de importación de los productos cubanos en los Estados Unidos, principalmente los derechos sobre el azúcar y el tabaco.

Muchos intransigentes se dejaron convencer, y a fin de mayo la asamblea, por un voto de mayoría, aceptó la enmienda Platt, insertándola como apéndice a la Constitución y con documentos suscritos por altos funcionarios norteamericanos que la comentaban ó explicaban. No se avino con ello el gobierno de Washington y exigió que lisa y llanamente se intercalara la enmienda en la Constitución como parte de ésta. La Convención se niega; los plantadores protestan contra el acuerdo de la asamblea; el ministro Root dirígela un *ultimátum* y declara que su gobierno está dispuesto a transigir suprimiendo frases que pueden molestar a los cubanos, las que dicen «para poner a los Estados Unidos en condiciones de mantener la independencia de la isla y de proteger al pueblo cubano.» Se acepta así la enmienda, sin comentarios, tal como el gobierno norteamericano quiso, y *lo que resta de la independencia de Cuba y del honor americano* - según escribía *The Weekly Post* - queda en manos del ministro yanqui de Asuntos extranjeros, a quien incumbe determinar concretamente las relaciones entre ambos pueblos.

* *

Al terminar, pues, el año 1901, con limitaciones en su derecho de soberanía, sometido más ó menos al influjo del gabinete de Washington, que no vacila en apoyar candidato para la presidencia de la nueva República, existe un Estado hispano-americano más, Cuba. Pero dada la política actual de los gobernantes yanquis, teniendo en cuenta el prestigio y la autoridad de que gozan individuos muy caracterizados como resueltos partidarios de la anexión, así en los Estados Unidos como en Cuba, no es posible estimar como definitiva la situación de la isla.

La enmienda Platt ha pasado; mas no sabemos si a gusto y satisfacción de los norteamericanos. Hay demasiada doblez en su gobierno, y cabe sospechar que acaso les hubiera complacido una enérgica repulsa. La docilidad de la asamblea y la prudencia del pueblo cubano pueden haber salvado, por ahora, *lo que resta de la independencia de Cuba*.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



LAUREANO BARRAU.

Diezguiz

Si bien el ventajoso concepto que merece, en el mundo del arte, Laureano Barrau tiene como punto de partida, como jalón glorioso, la fecha en que produjo su notable lienzo *Gerona en 1809*, justo es consignar que aquella gallarda manifestación del ingenio y del esfuerzo del pintor no constituye ni sintetiza el caudal de sus merecimientos. En su ejecutoria consignase, en primer término, la pensión obtenida en reñidas oposiciones, que le permitió trasladarse á Roma y residir en la Ciudad Eterna el período que pudiéramos llamar de formación, y después su copiosa producción, asimilándose y ajustándose á los sucesivos cánones y conceptos que á la postre han determinado la evolución que como consecuencia han producido el renacimiento artístico contemporáneo.

Producto de su aprovechamiento en nuestra Escuela de Bellas Artes fué la pensión «Fortuny,» concedida, según hemos dicho, en nobilísimo palenque por la corporación municipal de nuestra ciudad; resultado de ella y de su provechosa residencia en Roma fué el gran lienzo conmemorativo de un hecho glorioso, de la épica lucha de la heroica ciudad, que demuestra su temperamento de artista, su extraordinario aliento, y que la crítica juzgó ventajosamente, no parando mientes en los defectos que pudiera tener la obra, sorprendida por sus bellezas.

Posteriormente, el nombre de Barrau figura en las diversas fases de la producción, evolucionando separadamente y con carácter personalísimo, aunque las más de las veces haya actuado sometido á la impresión de exóticas influencias.

Hubo un período que, sugestionados nuestros artistas por la tendencia de la escuela ruralista transpirenaica, formaron una escuela regional, trataron de reproducir el ruralismo catalán en todas sus manifestaciones; mas como todos los pintores ó su inmensa mayoría oficiaban en calidad de neófitos, no llegaron á discernir las diferencias que había de determinar la localidad, y confundieron el concepto con el procedimiento, la tendencia con la técnica que había de informar la producción. Olvidáronse de la razón estética y reprodujeron lo rudo, la materia observada, trasladando á sus paletas las grisáceas tonalidades que convertían sus lienzos en exóticas obras, hasta el punto de confundirse con las producciones de los ardientes campeones de la escuela transpirenaica. Barrau no se sustrajo á la influencia del contagio; pero entonces como siempre, fijó su carácter, su temperamento y su personalidad, aceptó el concepto, que se ajustaba á su credo artístico y á su nacionalismo y modificó la plástica, amasando en su paleta las tonalidades que reflejaran la región, ya que los tipos, escenas y cuadros reproducían el modo de ser y la vida campestre de nuestro país. De este modo de ser singular y especialísimo parten sus triunfos y su nombradía, que para gloria del artista

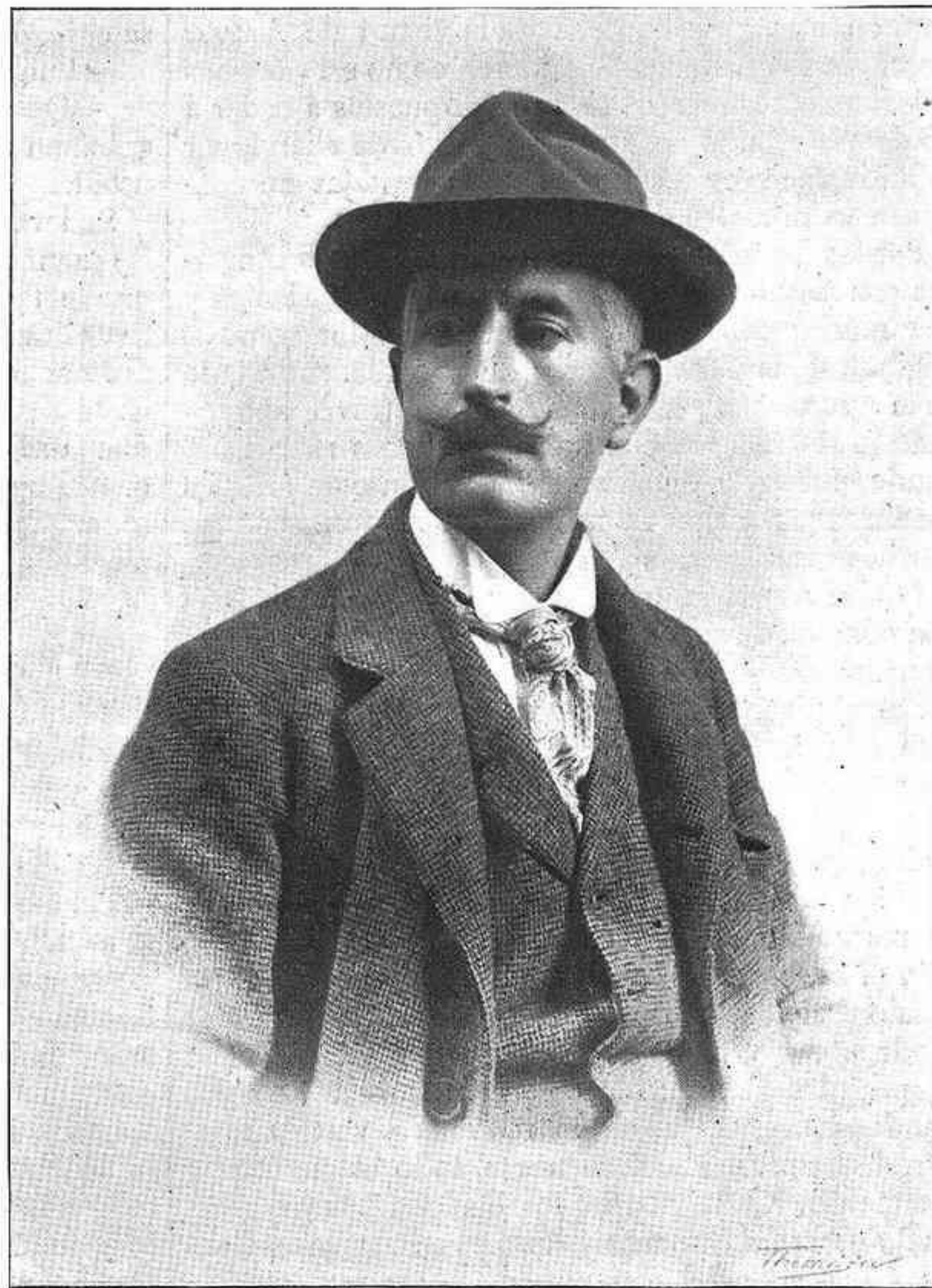
y satisfacción del arte patrio no se circunscribe á nuestro país, conforme lo atestiguan los elogios tributados á sus obras en la capital de la vecina nación.

Difícil sería señalar paso á paso la senda recorrida en un período relativamente breve por este distinguido pintor; mas ha de sernos lícito observar que la cantidad de la producción se halla en relación con la calidad, y que sea cual fuere el género que ha cultivado, lleva impreso el sello de su carácter y de su temperamento.

Hoy ofrécenos otra vez cumplido testimonio de sus excepcionales aptitudes. Los varios lienzos que constituyen la exposición organizada en el Salón París, pertenecientes á diversos géneros, revelan la valía del artista, son consecuencia, derivación de sus anteriores ensayos; pero distingúense extraordinariamente por el que pudiéramos denominar sabor de localidad, trasunto de los cuadros observados, fidelísima reproducción de los tipos y escenas que sugestionaron al artista, quien ha vencido dificultades, y con la sinceridad que sólo puede inspirar el entusiasmo y la seguridad de aquel que se juzga dueño de su acción, nos da á conocer, por medio bellísimo y agradable, algo que revela la existencia de nuestro pueblo, que revive ante nosotros por el esfuerzo y el ingenio del artista.

Véanse los lienzos á que nos referimos, hoy gala del Salón en que se hallan expuestos, medio de atracción para los aficionados é inteligentes y evidente testimonio de la valía de su autor. Varios son los temas, y aunque en todos ellos manifiéstase con absoluta claridad el objeto que los informa, cual es el de la representación exacta, sin recurrir á los extremos del doctrinarismo de escuela, revélase con mayor intensidad el artista que imprime á su obra el caudal del sentimiento que le embarga, delicado y apacible cuando representa las dulces y simpáticas escenas del hogar ó los cuadros de costumbres, el modo de ser y cuanto constituye la acción y la laboriosa existencia de los pescadores de nuestras costas, ó bien conmovedor, rudo y tan violento que emociona y aviva cuando inspiran su noble tarea llagas sociales, dramas anónimos, desdichas y crueldades que afectan á la generalidad. Tales consideraciones sugiere el examen de los lienzos, notables bajo diversos conceptos, que figuran en la exposición. El que reproduce un interesante grupo de bellas y jóvenes encajeras, situadas en uno de esos patios tan característicos y propios de las blancas viviendas de los pueblos de la costa catalana, con los mundillos sobre las rodillas, labrando con aparente sencillez y facilidad esas blondas que tan justa celebridad merecen, es digno de alabanza por lo que á la técnica y al procedimiento se refiere, ya que ha debido subordinarse el pintor á una tonalidad preñada de dificultades, sosteniendo la entonación delicada y suave, sin acentuar la grisácea, y produciendo efectos con plausible limitación de recursos. Cuanto al concepto, justo es afirmar que no cabe establecer mayor armonía y consorcio de ternura y sentimiento, puesto que tales impresiones determina la agrupación formada por las jovencitas, cuyos trajes, en relación con la blancura y brillantez del medio en que actúan, revelan en todo pureza y laboriosidad.

Siguen á este lienzo el titulado *El columpio*, representando á una niña balanceándose reclinada perezosamente en las cuerdas que sirven de amarra á una barca; el que reproduce un grupo de pescadores en el acto de regresar de su penosa tarea, y el que el autor denomina *El cebo*, obra que por sí sola bastaría para formar la reputación del pintor. La entonación, los tipos, sus actitudes, los pormenores más insignificantes; todo, en fin, rebosa verdad, y reviste tan extraordinario relieve, que atrae y seduce con igual influjo que determina la realidad. Los contrastes que producen las oscuras figuras de los marinos, á contra luz, destacándose sobre un fondo brillante y luminoso, están magistralmente interpretadas y hábilmente entendidas, adquiriendo forma y cuerpo con la rigurosa propiedad del natural.



LAUREANO BARRAU

Réstanos hacer especialísima mención del sugestivo cuadro titulado *España. 1898*. Representa el interior de un vagón de ferrocarril, en cuyos desnudos bancos hállanse sentados varios infelices repatriados, un grupo de héroes anónimos, que demacrados, febriles, casi exangües, regresan al hogar para morir entre los seres queridos, allá, en el pueblo que tan ansiosamente evocó su espíritu en las penosas jornadas, en los combates y las soledades del hospital. No cabe, ciertamente, escribir una página más real, más viva y elocuente del desastre; no es posible describir con más intensos colores la última etapa del tristísimo calvario de nuestras desventuras, ni exponer á la consideración de todos el cruento sacrificio soportado por aquellos desgraciados á quienes un deber imperioso y brutal obligó á abandonar el hogar, la familia y la patria para presenciar la ruina, el desmoronamiento de lo que constituía nuestra grandeza, y arrastrados y confundidos con ella, regresar con el espíritu angustiado y el mortífero germen en el organismo.

A. GARCÍA LLANSÓ.

SALVADORÓN

I

Bajo la luz mortificante de un mediodía de Málaga, en el cuarto, casi á obscuras, con los balcones entornados, se desarrollaba la escena alegre.

Tenía toda la habitación un admirable aspecto de completo desamparo y abandono. Sobre la cama grande, todavía tibia del cuerpo que acababa de dejarla, se había tendido pudorosamente, disimulando el desorden interior, una colcha roja, de flores blanco-sucio, toda perezosa y arrugada.

Las sillas, cada una de un individualismo exagerado, con aspecto, vida, sitio y modo de ser propios; perniquebradas á conciencia, ó despanzurradas por convencimiento, teníanse, cada cual en su lugar, sin concierto ni armonía, tranquilas en su desamparo, y sin temor de que una mano alevemente cuidadosa se propusiera hacerlas entrar en vereda sometiéndolas á un artificioso plan de colocación.

Entre las sillas y torcida sobre su trípode de caoba barnizada (que comenzaba á perder el barniz) estaba, viejecita y corcovada de un lado, una mesita oblonga y sucia, pero respetuosa y tímida, sin tomar posesión del sitio que ocupaba con demasiado estrépito: modesta más bien y comedida, entre las provocaciones de las sillas colocadas de canto, y dispuesta á desaparecer, pasando á último término, cuando, como sucedía con frecuencia, tiraban de ella las manos de Manolilla, para arrastrarla á un rincón y dejar despejada la habitación. Era una mesa esta mesa que desde los primeros momentos supo ganarme el corazón. Arrugada, viejecita, un poco desconfiada, un poco irónica también con la larga experiencia de escenas vistas y golpes aguantados y cartas adivinadas y noches transcurridas de claro en claro; mesita llena de la virtud de *hacerse cargo*, sin terquedades de carácter, como esas buenas viejecitas octogenarias, siempre dispuestas á ceder á los demás el sitio que están á punto de abandonar definitivamente y respecto á cuyas ventajas no conservan ya ni rastro de ilusiones.

Por las paredes del cuarto había algunas litografías con estupendas escenas de ópera romántica y una reproducción, casi tan dura de color como el original, de la *Juana la Loca* de Pradilla. A un lado de la puerta una percha, colocada de través aprovechando dos garfios que nunca pudieron avenirse y donde, cubiertos de polvo, se veían un cordobés, un bastón, unas enaguas y un par de ligas rotas con los broches resobados.

Frente á semejante percha y al lado del balcón una cómoda de siete cajones - número cabalístico, - y encima de ella un corsé color de rosa, una toquilla, arrebujaada como un erizo que duerme, y una bota casi huérfana de botones y con uno á medio coser, pegado á ella con una aguja atravesada.

Eran las doce y media cuando Manolilla, llevándose las manos á la cabeza hasta hacerle á la cara un marco blanco, de carne fresca y joven, volvió todo el busto hacia los cristales de su cuarto, retorciendo deliciosamente el fino talle de andaluza, por donde se agarraba leve y acariciadora la sábana llena de pliegues diminutos. Tenía Manolilla los ojos grandes y negros, la cabeza redonda y vestida también de hermosísimo pelo negro, todo el cuerpo lozanamente grande y lleno, los brazos finos y correctos de dibujo, levantado y duro el pecho, y los flancos, á lo Venus del Tiziano, largos y profusos.

- ¡Luisilla!, gritó la recién despierta, dando en la cama una vuelta rápida y quedando toda ella vuelta hacia la puerta del cuarto, con los ojos clavados allí y los dos brazos desnudos y fuera de la cama, colgando como dos racimos de jazmines.

- ¡Voy!..., contestó desde dentro, arrastrándose, una vocicilla de plata fina y retozona.

Al poco rato hacía invasión estrepitosa en el cuarto de Manolilla su hermana Luisa, morenilla y chata, con los ojos de fuego y los labios abultados, á la manera entre gitanesca y señoril que todavía puede rastrear en alguno de los retratos de dama joven de Coello.

Las dos hermanas se abrazaron, se besaron, rieron, jugaron y retozaron largo rato. Mientras se vestía Manolilla, labor sencilla y parca en aquel verano de Málaga, tan de suyo enemigo de vestimentas complicadas, Luisilla, saltando, moviéndose y charlando delante de ella, como una campanilla de bronce dorado, la fué poniendo al corriente de cosas para la casa trascendentales.

- Oye, oye, verás si tiene sal la cosa: acababa de bailarme yo con la Candelaria unos caracoles en el café ayer noche: la sala estaba más desierta que la boca de una vieja: aquí dos mesas, allí una y un in-

glés en un rincón. Bajamos del tablado y el inglés nos convidó á cerveza. ¡Fuimos! ¡Hija, qué penas para sacarle las palabras de la boca: si parecía que con cada palabrita le arrancaran una muela! ¡Pobre viejo! Porque además mi novio es viejo... ¡y feo! ¡Qué hermosísimamente feo, Manolilla! ¡Tiene un ojo tuerto y el otro en cazuela! ¡Pero rico! Ya verás qué rico; mete la mano en la cartera..., ¡y así!, toda una catedral de billetes. Cenamos, charlamos, nos compró abanicos y me prometió venir á verme esta tarde. ¡Manolilla, vida, preciosidad de mis entrañas! ¡Verás, verás qué hermosura, qué risa, mi inglés, mi rey de Inglaterra que viene á hacerme reina tuerta!

Y terminó su charla saltando sobre las rodillas de su hermana y comiéndosela á besos.

- ¡Deja, déjame, suelta!, gritaba Manolilla reventándose de risa á pesar suyo.

- ¡Oye, escucha!, cantaba la traviesa, ¡inglés, tuerto y rico! No sabe hablar, no puede ver y paga bien: ¡figúrate, Manola!.

II

- D. José, pase usted: esta es Manolilla, ¿sabe usted?, mi hermana, ¿recuerda que ayer noche hablamos de ella? ¿No verdad?

Aturdido andaba el inglés entre el desbarajuste de las sillas con los ojos encandilados ante el garbo de las dos hermanas y sin saber dónde hacer alto ni detenerse, hasta que hubo de salirle al encuentro, protectora y bondadosa, haciéndose cargo de sus apuros, la mesita de marras, temblona sobre las patitas estropeadas, pero llena todavía de buena voluntad.

El inglés se sentó junto á la mesa, dejó en ella las gafas, el sombrero y el bastón; sacó el pañuelo, se enjugó el sudor y añadió después tranquilamente:

- Luisilla baila bien, espléndida...

- ¡Que si bailo!, respondió la aludida dándole un golpe en el hombro que lo hizo vacilar; ahora verá usted.

Se levantó gallardamente, colgóse los palillos de las manos, se echó atrás las ondas del pelo negro que le tapaban la frente, hizo entrar en disciplina hasta las últimas células de su carne de niña y los últimos filamentos de sus nervios, levantó la cabeza hasta desafiar agudamente con la barbilla al inglés que la miraba como en pasmo, y quedó por un momento quieta, rígida, vibrante de fuerza, movimiento, música y travesura contenidos: estatua de carne viva, gloriosamente digna de admiración.

Manolilla tiró de la mesa, que dejó libre el campo á la bailadora, y el inglés quedó desamparado frente al prodigio vivo.

Se hizo el movimiento; cantaba Manolilla, sonaban las castañuelas y bailaba Luisa con movimientos de brazos y piernas incomprensibles y sensuales. Díjrase que recogía con unos y otras la música de que el aire andaba lleno, para repartírsela por todo el cuerpo como un bautismo de llamas. Resbalaba la armonía por las curvas de hombros, brazos y caderas, como un agua fresca de lluvia por el mármol de una estatua: Manolilla cantaba á grito herido, poseída de la furia *dionisiana* de la danza: el medio día reinaba sobre todo aquello con la calma de un sultán: el inglés daba palmaditas y seguía con el ojo vivo el movimiento de aquellas piernas duras.

Echó un billete al suelo, pidiendo manzanilla. La muchachita danzante clavó los tacones finos en el papelito verde y tejió un nervioso zapateado encima de él, magnífica de gracia. Pasaba el tiempo alegremente, como montón de cosas tristes echado á rodar por manos de chiquillos.

Repentinamente cesó todo, y con gran estupefacción por parte del inglés, las dos hermanas pusieronse á escuchar los ruidos de la calle.

- ¡Melocotones, ciruelas, cerezas!..., gritaba en medio de la luz una voz extrañamente gutural y aguda.

- ¡Salvadorón!, gritó Luisilla, dejando de bailar y palmeando alegremente.

- ¡Salvadorón!, dijo su hermana, levantándose de la silla en que se hallaba y bajando la escalera para abrir la puerta de la calle.

- Verá usted qué hombre más retegracioso, añadió Luisilla, hablando con el inglés que no volvía de su asombro.

III

Manolilla lo traía abrazado por el hombro como domadora que enseña ufana un animalito ridículo. Era Salvadorón escuchimizado y cacoquimio de figura; pobre de espíritu, espantoso de cara, degenerado todo él como un bufón de Velázquez. Traía en

la una mano una cesta con frutas medio podrecidas y comidas del sol, y con la otra procuraba defenderse de Manolilla, que sin reparar en lo asqueroso de semejante escomendrijo, lo martirizaba y lo sobaba.

Apenas le vió entrar en la habitación, tiróse á él Luisilla, abandonando al inglés, y le cogió la cesta de las frutas. Salvadorón rabiaba y pateaba, abofeteándose la cara y llorando ridículamente: reían las dos hermanas como locas; rodaban las frutas por el suelo, y el inglés se indignaba por momentos, mal avenido con su papel de espectador inofensivo.

- Salvadorón, ¿me quieres?, gritaba Manolilla tirándole de un brazo.

- ¡No! ¡Maldita seas!, respondía Salvadorón furioso.

- ¿Me quieres á mí, monada?, le decía Luisa acariciándole suavemente con las manos la cara sucia y llena de sudor.

- ¡No, no y no! ¡Dadme la cesta! ¡Dadme la fruta, ladronas! ¡Ladronas! ¡No vuelvo á subir aquí! ¡Me muera si vuelvo! ¡Pagadme la fruta! ¡Pagadme! Y hacía una rabieta de niño, llorando á moco tendido y dando con los pies en el suelo.

- ¡Manolilla! Págale, toma, eso es justo, págale, decía Luisa alargando á su hermana el billete del inglés.

Salvadorón recibió en pago de sus frutas perdidas las cincuenta pesetas del forastero, y las hermanas comenzaron entonces á acicalarle, enjugarle, peinarle y arreglarle, como si se tratara del más querido de los hijos.

El inglés miraba la mesa, que con su gestecito irónico parecía alargarle el sombrero, el bastón y las gafas; se levantó con parsimonia, lo recogió todo con gran calma y salió sin despedirse. Ni siquiera lo advirtieron las hermanas.

Eran todas de su Salvadorón y se reían entonces con él, encantadas de las picardías que con lengua estropajosa les contaba.

IV

Caía la tarde y corría fresca brisa marina por las calles. Estaban las dos hermanas al balcón compuestas y riendo. Por el centro de la calle subía el pobre bobo, con su cesta de mimbres en la cabeza, rebotando de jazmines blancos...

Le abrieron la puerta y entró en la sala. Venía pálido el pobre Salvadorón y enternecido: las hermanas le recibieron enternecidas también, sin saber por qué...

La repugnante y buena criatura vació en el suelo á los pies de las dos mozas su cesta de flores: todo el aire del cuarto se llenó de perfume.

En seguida Salvadorón agarró la cesta y echó á correr llorando.

Las dos hermanas quisieron detenerle; salieron al balcón: él corría como un perseguido; ellas le llamaron: «¡Salvadorón! ¡Salvadorón!» También lloraban en medio de la tarde que moría.

Era un idilio de final de raza.

EDUARDO MARQUINA.

ORIGEN DE UN CANTAR

En la puerta de la cárcel han escrito con carbón: «El bueno aquí se hace malo; el malo se hace peor.»

No estoy conforme, ni lo estuve nunca, con los que pregonaron hace tiempo, y siguen pregonando á voz en grito, que la forma poética está llamada á desaparecer. Lo que sí desaparecerá indudablemente es esa plaga infernal de pseudo-poetas que entontecen con sus vaciedades y sus mentiras dichas sonoramente. Son éstos como doradas campanas, que tóqueselas como se las toque, no pueden dar más que un sonido; una nota, que es la misma siempre, repetida hasta la saciedad, de modo enloquecedor y cargante.

Y se acabarán estos falsos poetas porque nadie los lee ni hace caso de ellos; porque no han logrado ni lograrán nunca hacer pensar y sentir al público; porque sus vaciedades están dichas siempre en el mismo tono, con el mismo sonsonete cargante, como el *ora pro nobis* de una letanía que no tuviese fin nunca.

De aquí esa justa prevención que se nota en todas partes hacia los libros presentados en forma poética; de aquí el que los verdaderos poetas no tengan salida, puesto que no cuentan más que con un público limitado, tan limitado que sólo lo constituyen sus amigos; de aquí que se abomine de los poetas como se abomina de una enfermedad.

Y sin embargo, la forma poética no ha desapare-

cido aún, ni desaparecerá, toda vez que, hasta entre los más empedernidos materialistas, la poesía existe, porque tiene que existir allá donde haya armonía, y la Naturaleza es un todo armónico. Existiendo la poesía, tiene que existir la forma de la poesía, siquiera la forma sea algo *accidental*; pues yo creo que lo accidental es muchas veces *necesario* y que casi forma parte de la *esencia* de las mismas cosas.

¿No os habéis encontrado nunca con trozos de verdadera poesía escritos en prosa que parecen estar pidiendo á voces la robusta entonación y la sencilla elegancia del verso inspirado y fluido? Y á veces, ¿no encontrasteis también en esos trozos de poesía algo así como pedante ampulosidad, ampulosidad que desaparecería convirtiéndose en fluidez en el momento en que viniera á completarlos la forma de que carecen?

No era mi propósito desarrollar una tesis, ni quiero desarrollarla; mi objeto es el de hablarlos de ese gran poeta que se llama pueblo; de ese conjunto que siente con intensidad y que dice lo que siente con extraordinaria sencillez.

Para probar que el pueblo es el mejor poeta, no se necesita hacer profundos estudios, acumular datos ni extenderse en consideraciones interminables; basta conocer los cuatro versos con que encabezo estas líneas. Son una hermosa y verdadera poesía con forma, con la forma que tienen todas las poesías del pueblo, con la forma del *cantar*, sin la cual la poesía popular desaparecería.

Esos cuatro versos no están firmados por notable autor, ni se han escrito en ninguna parte, y sin embargo, nadie los ignora, porque son debidos al pueblo poeta.

Yo, que soy muy aficionado á buscar el origen de las cosas, sé perfectamente cómo la *canción* citada vino á aumentar las sentidas y hermosas poesías de la musa del pueblo.

del miserable tabuco, y salió al mundo con nerviosas vibraciones, rugientes é iracundas.

¿Supo aquel joven lo que había dicho? ¿Puede considerarse esa copla caprichoso juego de palabras, ó es, por lo contrario, el grito desgarrador de un alma aprisionada en la envoltura de viciosa materia? Aquellas palabras que enseñaban amarga y profunda verdad brotaron de su boca á borbotones, porque necesitaba lanzarlas al mundo como gimiente protesta. ¡Era malo y lo deploraba! Pero ¿cómo ser bueno? Colocado en la resbaladiza pendiente del vicio, aquella noche en que habían concertado un robo, sin darse cuenta de ello, fué la representación del pueblo poeta, porque al rasgar de la guitarra gimió dolorosamente su alma y salieron de su boca unos versos reflejo fiel del estado de su espíritu.

He ahí el origen de ese cantar que, más de una vez, ocupando dolorosamente mi atención, ha llenado mi alma de desconsoladora tristeza.

En mis noches de insomnio he adivinado un mundo de espantosas tenebrosidades; he visto degradarse al hombre, en fatal progresión, hasta quedar reducido al estado de miserable

bestia; he encontrado al ser humano inferior á todo, sin necesidad de hacer profundos estudios, sin otra cosa que penetrar el sentido de una gimiente poesía: de esos cuatro versos. He creído siempre que la cárcel y el presidio no son sólo para encerrar á los hombres; creo que una y otro tienen una misión alta, hermosa, sublime: corregir por medio de la luz intelectual, y en ellos...

¡el bueno se torna malo
y el malo se hace peor!

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.



EL COLUMPIO, cuadro de Laureano Barrau (Salón Parés)

Estaban de broma cuatro amigos; mala gente: de esa torpe que vive la miserable vida del vicio. Menudeábanse los tragos; crecía la algazara; escuchábase palabrotas de taberna seguidas de estrepitosas risas, y á los dulces acordes de la moruna guitarra, de airoso mástil, una voz impregnada de tristeza entonó el cantar por primera vez. Era aquella la de un joven de veinticinco años, fornido, alto, moreno, de brillantes ojos, fuerte, robusto, pletórico de vida, y al cantar, aquel poético conjunto de notas, de amargo dejo, se extendió por la viciada atmósfera



Regreso de la pesca, cuadro de Laureano Barrau (Salón Parés)



CRÓNICA PARISIENSE

LA MUDANZA

Cada trimestre, los habitantes de París vemos aliñarse al borde de las aceras mobiliarios completos y carros de mudanza.

Entre los graves inconvenientes de no tener casa



LA MUDANZA. - Los inmensos y pesados vehículos que se emplean ofrecen un aspecto que tiene algo de fúnebre

propia, los más sensibles son la obligación de pagar constantemente el alquiler y la necesidad de mudarse de vez en cuando. Y como en París los cambios de domicilio coinciden con el pago de un trimestre de casa, las mudanzas resultan doblemente dolorosas.

A juzgar por el extraordinario acarreo de muebles que se nota estos días en París, debe ser grande el número de mis conciudadanos que sufren por partida doble los inconvenientes de la mudanza.

Los inmensos y pesados vehículos que se emplean para tan engorrosa operación, ofrecen un aspecto que tiene algo de fúnebre. Cuando estaciona alguno a la puerta de una casa, parece que con el mobiliario va a llevarse el cadáver de algún inquilino.

Nada más triste que ese espectáculo, á pesar de su vulgaridad. El gran furgón abierto, esperando su presa; los muebles amontonados en la acera y en el arroyo, con ese aspecto lamentable que ofrece siempre un mobiliario al aire libre; alguna cabeza inquieta, asomada á una ventana, vigilando la maniobra y lanzando lastimeras recomendaciones: «¡Cuidado con el espejo!.. ¡No vuelquen ustedes esa arquilla!.. ¡Con tiento, que esa caja va llena de vajilla!..»

A lo cual los carreteros, entre malhumorados y burlones, no dejan de contestar, sin haberse enterado:

- Nada tema, señora. ¡Si sabremos nosotros lo que es andar con cosas delicadas!

Cuando hace frío, la cabeza inquieta que se asoma cada cinco minutos á la ventana, tiene la nariz amoratada como una berenjena, lo cual complica el triste cuadro con un elemento grotesco.

Mientras tanto, las sillas de dorado respaldo esperan patas arriba; tenacillas y morillos oprimen almohadones de seda; los mozos del furgón se secan con la manga el sudor que de sus frentes cae sobre los divanes de raso; los transeuntes cambian chistosas observaciones sobre los retratos de familia arrimados á la pared; los *golfos* hacen monadas y las mozelas se arreglan el tocado ante los espejos, mientras que los perros del barrio, después de haber olfateado el lavabo ó el aparador, se detienen sucesivamente para rendirle tributo á su manera.

Los secretos más íntimos del hogar se hallan expuestos horas enteras á las curiosas miradas de los vecinos. Las pequeñas miserias de la casa aparecen en plena luz del día: una mesa coja, un mármol roto, un sillón destripado; muebles de toda clase, desvencijados y feos, ennegrecidos por el uso y sacados á la vergüenza pública después de haber permanecido ocultos en obscuras habitaciones.

Es como si de pronto se levantase el telón en el escenario de la vida privada. Más aún: es como si el público se metiese de improviso entre bastidores, descubriendo lo falso del oropel que sólo produce su efecto visto desde la sala.

Y nada escapa á la curiosidad indiscreta de tran-

seuntes y vecinos. Los mozos ocupados en la mudanza parece que se complacen en alinear minuciosamente los muebles más vergonzosos, mientras que estiban rápidamente los demás en el furgón; y dejan expuesta la prendería para ir á la taberna á beber un par de copas.

El portero sale á dar un vistazo al mobiliario de su emigrante inquilino, y después de pasar revista á los trastos viejos, vuelve á meterse en la portería diciendo á su mujer:

- Es una prendería andando... ¡Y esa gente se daba tanto pisto!..

Mientras tanto, la cabeza inquieta de la ventana redobla su vigilancia, y se da cuenta del ridículo en que la ponen los hombres del carro.

Y menos mal si se limitasen á esas inquietudes los inconvenientes

que para toda ama de casa ofrece un cambio de domicilio. La pobre señora ha subido cincuenta escaleras, visitado otros tantos pisos, tomado mil medidas, hecho minuciosas averiguaciones antes de alquilar nueva habitación. Y después, ¡qué de líos atados!, ¡qué de envoltorios cosidos!, ¡qué de objetos frágiles embalados!, ¡qué de ropa metida en baúles! Y cuando piensa que todo tendrá que desembalarlo y ponerlo otra vez ordenadamente en su lugar, la pobre señora se estremece de angustia.

Y no es esto solo. La infeliz sabe por experiencia propia cuán cierto es el dicho de que «tres mudanzas equivalen á un incendio,» y se pregunta qué muebles, qué objetos de porcelana ó de cristal van á romperle esta vez.

Y la pobre cabeza inquieta sigue pensando: «¡Sabe Dios cómo lo voy á pasar en la nueva casa!»

Afortunadamente, la ignorancia del porvenir es uno de los principales beneficios que debemos á Dios. La buena señora ha sufrido grandes penas en el piso que abandona; pero le tenía apego, porque había hecho de él como una pequeña patria; vivía menores accesorios, y cada pieza va unida á un recuerdo grato ó triste, pero siempre amado. Y ahora le parece que va á entrar en un cuarto de fonda, desmantelado y glacial.

¡Dichosos los que viven en casa propia, sin conocer las molestias de las mudanzas! La familia se perpetúa en ella, de generación en generación, y toda la morada rebosa de tradiciones y recuerdos.

Pero ¡ay!, nosotros, los mártires de la civilización parisiense, acampados como nómadas en sus tiendas, diseminamos nuestra vida por todos los ámbitos de este desierto de piedra, en veinte habitaciones triviales, que no conservarán en forma de recuerdo una sola partícula de nuestra alma.

Las huellas de nuestros pasos se borran tras de nosotros, como si estuviesen impresas en arena.

Ayer, un extraño, un desconocido á quien no vimos jamás, vivía, pensaba, sentía pena ó placer en esta misma habitación que acaba de abandonarnos, y que á nuestra vez dejaremos para que la ocupe otro á quien tampoco conoceremos jamás.

Sentimos la impresión de haber sucedido á un muerto.

Como granos de polvo esparcidos por la senda de

la vida, yacen olvidadas, acá y acullá, todas las fechas memorables de nuestra existencia.

Las casas de inquilinos son como coches de ferrocarril, donde los viajeros que bajan son reemplazados por otros que suben.

Estas casas no tienen nombre. No llevan más que un número, como esos calabozos de los presidios en que hasta el hombre pierde su personalidad para convertirse en un número también.

Los inquilinos que tienen buena memoria, recuerdan vagamente que en el número tantos perdieron á su madre, que en tal otro contrajeron matrimonio, y se preguntan á veces en qué número morirán.

(Ilustraciones de Gosé.)

JUAN B. ENSEÑAT.

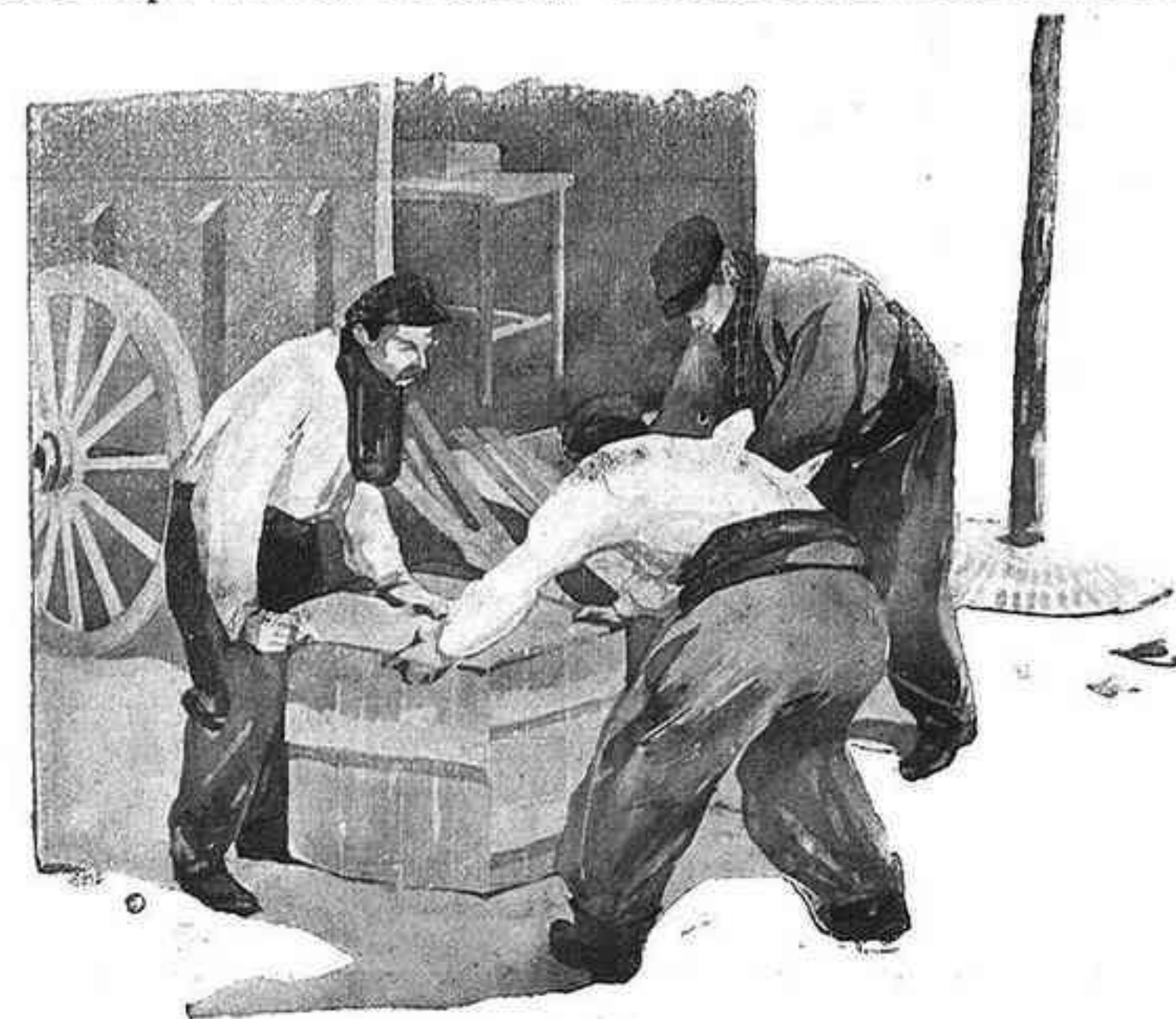
TYCHO BRAHE

(CON MOTIVO DEL 300.º ANIVERSARIO DE SU MUERTE)

Con razón considera el mundo ilustrado de nuestros días como deber imperioso honrar la memoria de los héroes de la inteligencia de los pasados siglos que sentaron las bases de nuestros modernos conocimientos, y rendir á aquellos que en una época de tinieblas abogaron por la verdad el tributo que les es debido para reparar los agravios y á veces los padecimientos que en su tiempo hubieron de sufrir. Actualmente se conmemora el 300.º aniversario de la muerte del eminente astrónomo Tycho Brahe, y con

este motivo creemos interesante la publicación de los grabados que en la siguiente página figuran, acompañándolos del presente artículo biográfico del sabio ilustre.

Tycho Brahe nació en 14 de diciembre de 1546 en Knudstrup (Dinamarca), y un eclipse de sol que presencié á la edad de catorce años despertó en él gran afición á la astronomía, sucediéndole lo que acontece á casi todos los que á tan hermosa ciencia se dedican, á saber, que la diosa Urania lo retuvo cautivo, á pesar

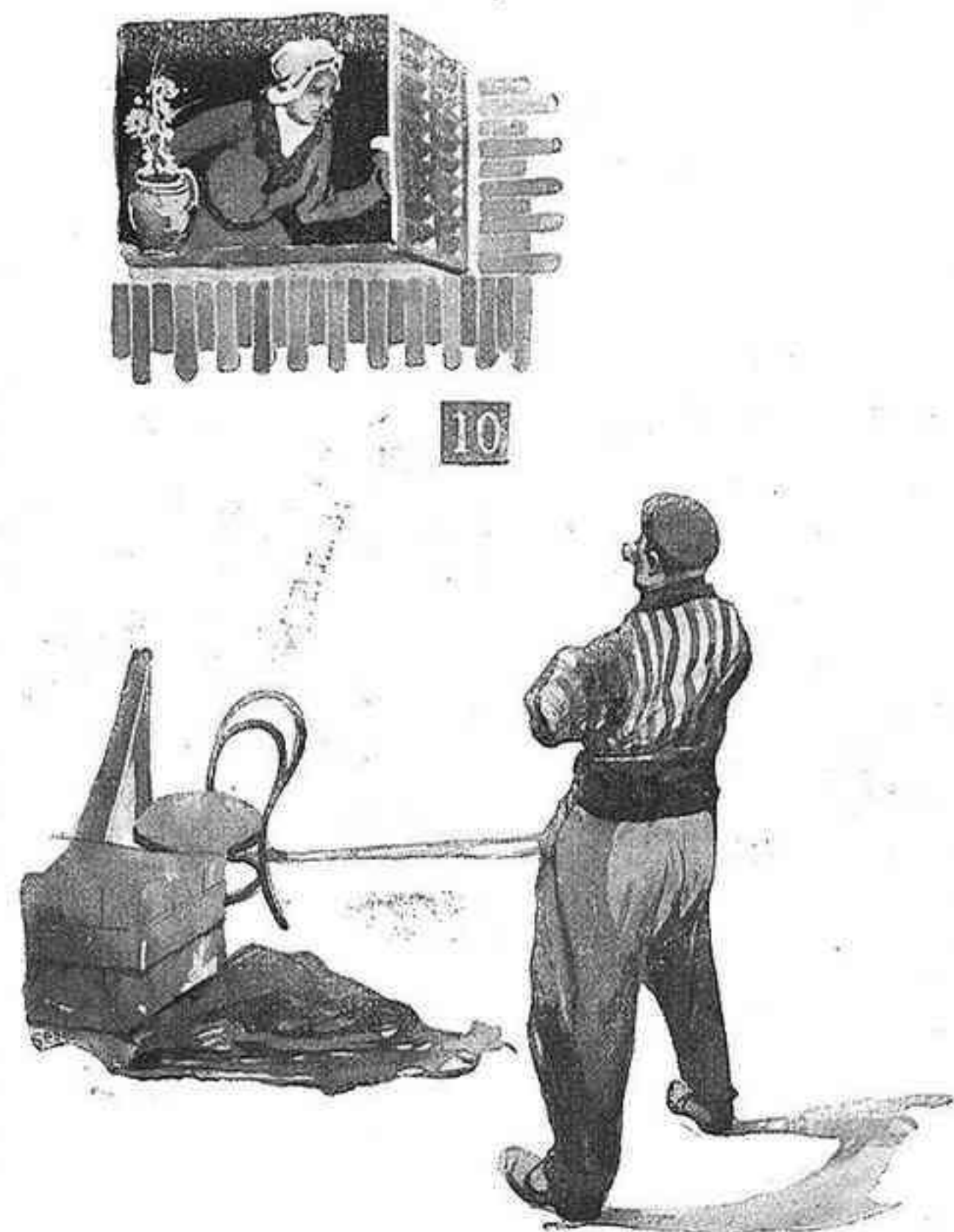


LA MUDANZA. - Los mozos parece que se complacen en alinear los muebles más vergonzosos

de los muchos obstáculos que á su carrera se opusieron. Contra la voluntad de sus padres, que querían hacer de él un jurisconsulto, dedicóse á la observación de los astros, y de noche, cuando los suyos dormían, salía de su casa para trabajar con sus instrumentos primitivos, pues su familia no quería facilitarle los medios de proporcionarse otros. Pero esta misma circunstancia hizo aguzar el ingenio para inventar otros nuevos y más perfeccionados, habiendo sido en realidad Tycho Brahe el que reformó todos los métodos de observación, sentando los fundamentos, entre otros, para las mediciones exactas.

La hostilidad y el abandono de que era objeto en su patria obligaronle á salir de Dinamarca y á establecerse en Basilea. El magnánimo príncipe Guillermo IV dispensó su gracia, é interponiendo en su favor su influencia cerca del monarca dinamarqués, movió á éste á proteger al genial observador. Y en efecto, el soberano de Dinamarca dispuso á Tycho Brahe una protección verdaderamente regia, regalándole la isla de Hween, construyendo allí un magnífico observatorio, el «Uranienborg» (villa del cielo), y señalándole una pensión de 500 thalers anuales. Desde aquel momento el gran astrónomo trabajó sin descanso y con magníficos resultados, siendo los mejores años de su existencia los que en aquella isla vivió.

La construcción del edificio, con honores de palacio, comenzó en 1576 y quedó terminada en 1580: construido por un holandés y según el estilo del renacimiento flamenco, fué una obra maestra de la arquitectura de aquel tiempo. Rodeado de hermosos jardines, con amplias alamedas, levantóse en medio de un cuadrado formado por gruesas paredes; era de piedra roja, con algunos trozos cubiertos de piedra arenisca clara, y tenía una altura de 22 metros desde la base á la punta de la torre, que se hallaba adornada por un Pegaso. Junto á él había algunos pabellones que servían de habitación á los ayudantes de Tycho Brahe, una imprenta, un laboratorio químico, espaciosos salones de biblioteca y varias salas con notables objetos de arte, cuadros, bronce



LA MUDANZA. - Nada tema, señora

antiguos, etc., que también abundaban en el interior del palacio. Por todas partes se veían adornos artísticos, estatuas, ornamentos; las ventanas ostentaban vidrieras de colores, las paredes estaban llenas de símbolos, máximas y pinturas, entre las cuales llamaba la atención uno que representaba á un perro ladrándole á la luna y que era seguramente una sátira contra las gentes que hablaban con desprecio de la astronomía y de los trabajos de Tycho Brahe.



EL ASTRÓNOMO TYCHO BRAHE

En las torres, que permitían contemplar el espacio en todas direcciones, estaban los instrumentos astronómicos, los grandes globos y los círculos celestes para las mediciones; entonces no se conocían todavía los telescopios.

Es en extremo sensible que pocos años después de la muerte de Tycho Brahe apenas quedaran huellas de tan soberbia construcción.

Toda su fama y todos sus grandes méritos no pudieron, sin embargo, ponerle á cubierto de nuevas hostilidades. Cuando falleció su protector, el rey Federico II de Dinamarca, la corte, influida por el ministro Walkendorp, se negó á seguir sosteniendo el observatorio y suprimió la pensión anual que percibía Tycho Brahe, obligándole á suspender sus trabajos científicos.

Tycho Brahe abandonó nuevamente su patria y halló cariñosa acogida en Praga, en la corte del emperador Rodolfo II, que quiso erigir para él otro ob-

claridad y de sencillez; según él, la tierra está en el centro de nuestro sistema planetario; á su alrededor gira el sol, en torno del cual giran á su vez los demás planetas. De éstos solamente se conocían en su tiempo Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno. Pero á pesar de haber combatido el sistema de Copérnico, profesó particularmente gran afecto á su sabio colega, según lo demuestran muchas de sus manifestaciones.

Tycho Brahe fué una personalidad de voluntad firme y carácter enérgico. — B. H.

EL CHARLATÁN

Lola del Cerro, la hermosa duquesita de Stenley, era feliz en su matrimonio. Recién casada con Fernando Torrente, capitán de artillería del 7.º montado, hombre muy galante, joven y simpático, veía deslizarse los días en una continuada luna de miel, que no por serlo le resultaba empalagosa, sino dulcísima y agradable.

Ella adoraba en su marido y él, por su parte, no omitía el mayor sacrificio que tuviese que realizar para complacer á su encantadora esposa.

Verdad es que sus obligaciones de militar, sus guardias en el cuartel, ciertas obligaciones imprescindibles del servicio y de vez en cuando sus ratitos de tertulia ó de tresillo en el casino, le alejaban de su mujer; pero esto era casi momentáneo, y ella no mostraba la menor molestia por aquellos breves alejamientos.

Por lo demás, la vida que Fernando hacía con su esposa era realmente modelo de la que un buen marido, enamorado de su mujer, está obligado á llevar. Salían generalmente juntos, y juntos iban siempre de paseo ó al teatro, y en bailes, visitas y reuniones veíase siempre al capitán al lado de su Lolita, como si fuese, más que su marido, un novio, un galanteador, que deshaciéndose por agrandar á una mujer aspira á poseerla.

Por supuesto que ella todo se lo merecía; nacida en Londres, pero educada en París y Madrid, tenía la serena reflexión de la inglesa, la gracia de la parisiense y el encanto de las españolas. Joven, bonita, en posesión de una regular fortuna, había despreciado muchos aspirantes á su mano, incluso á su primo el acaudalado barón de Quai, por unirse por amor á su Fernando, que aunque emparentado con familias de la aristocracia, no poseía más rentas que su sueldo de capitán.

Transcurría plácidamente el tiempo, cuando cierto día, sin previo aviso, el barón de Quai presentóse en casa de sus primos, quienes le creían muy lejos. Venía de Washington, después de haber recorrido gran parte de la América del Sur, y llegaba por primera vez á España, deseoso de conocerla.

No había, pues, motivo para que la paz y la tranquila vida de aquel hogar se interrumpiese, y antes al contrario, Fernando tuvo verdadera alegría al conocer á su pariente.

En Lola, sin embargo, si su marido hubiera sabido leer en los ojos de su esposa, hubiese sorprendido una ligera nube de contrariedad.

Pero transcurrió el tiempo, siguieron pasando días y días, y Fernando continuaba con sus guardias, su servicio y su casino, mientras el barón seguía en Madrid cada vez más encantado de la vida de la corte.

Una tarde en que el capitán estaba de parada en palacio, el barón tuvo la osadía de recordar muy insinuamente á su prima sus antiguas pretensiones, llegando en su atrevimiento hasta á requerirla de amores. Ella rechazó enojada aquellas frases que la ofendían como mujer y como esposa, é irguiéndose ante el inoportuno exclamó:

— Eres un malvado; soy sólo de Fernando, como Fernando es sólo para mí.

A lo que el primo contestó con una calma verdaderamente sajona:

— Mañana te demostraré que Fernando no es sólo tuyo.

Terminó la entrevista, pasóse un día, volvió el capitán á su casa, y á la mañana siguiente, cuando los tres personajes de esta historia se reunían para almorzar, el barón de Quai, haciendo sacar de su habitación una abultada caja, la puso encima de la mesa diciendo:

— Vais á ver una maravilla de nuestro siglo; la adquirí en Nueva York y es admirable.

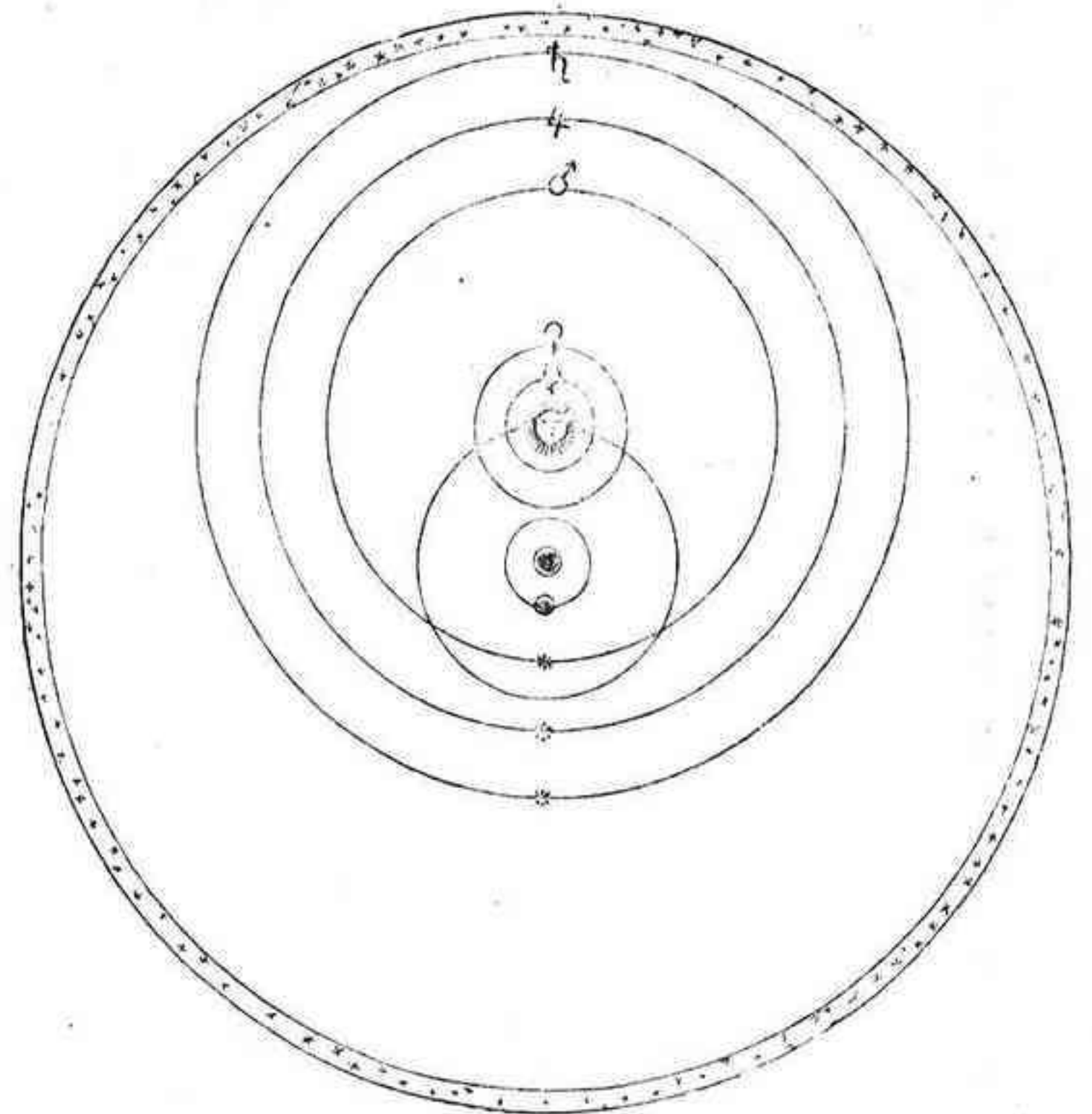
Era un fonógrafo Edison perfeccionado.

— Ahora escuchad, añadió.

Y el cilindro comenzó á girar pausadamente, haciendo oír con gangoso acento las siguientes frases:

«Mira, Fernando mío, es necesario que vengas más á menudo. — Vendré, hermosa mía. — Necesito que esta noche me lleves al Real. — Te llevaré. — ¿Me quieres mucho? — ¡Tú eres la única mujer á quien yo quiero!..»

Fernando se puso densamente pálido, mientras su mujer enrojecía y el barón con su calma habitual exclamaba:



EL SISTEMA SOLAR DE TYCHO BRAHE

— Ahora oigamos otra conversación; es en un palco del Real.

Y giró el cilindro.

«... Sí, querido Luis; mi mujer me cree en el cuartel, ¡pobrecita! — Si llegara á enterarse... — No lo sabrá nunca... Además, no tenía otro remedio; *Nini* se empeñó en que la trajese...»

La sesión terminó dando Fernando un fuerte puñetazo en la mesa y echándose á llorar Lolita.

Momentos después, el barón abandonaba para siempre aquella casa.

El maldito fonógrafo había sido un infame charlatán; pero gracias á él, hoy sí que es cuando el capitán es sólo de su Lola y cuando únicamente se separa de ella para ir á sus guardias, su servicio ó su casino.

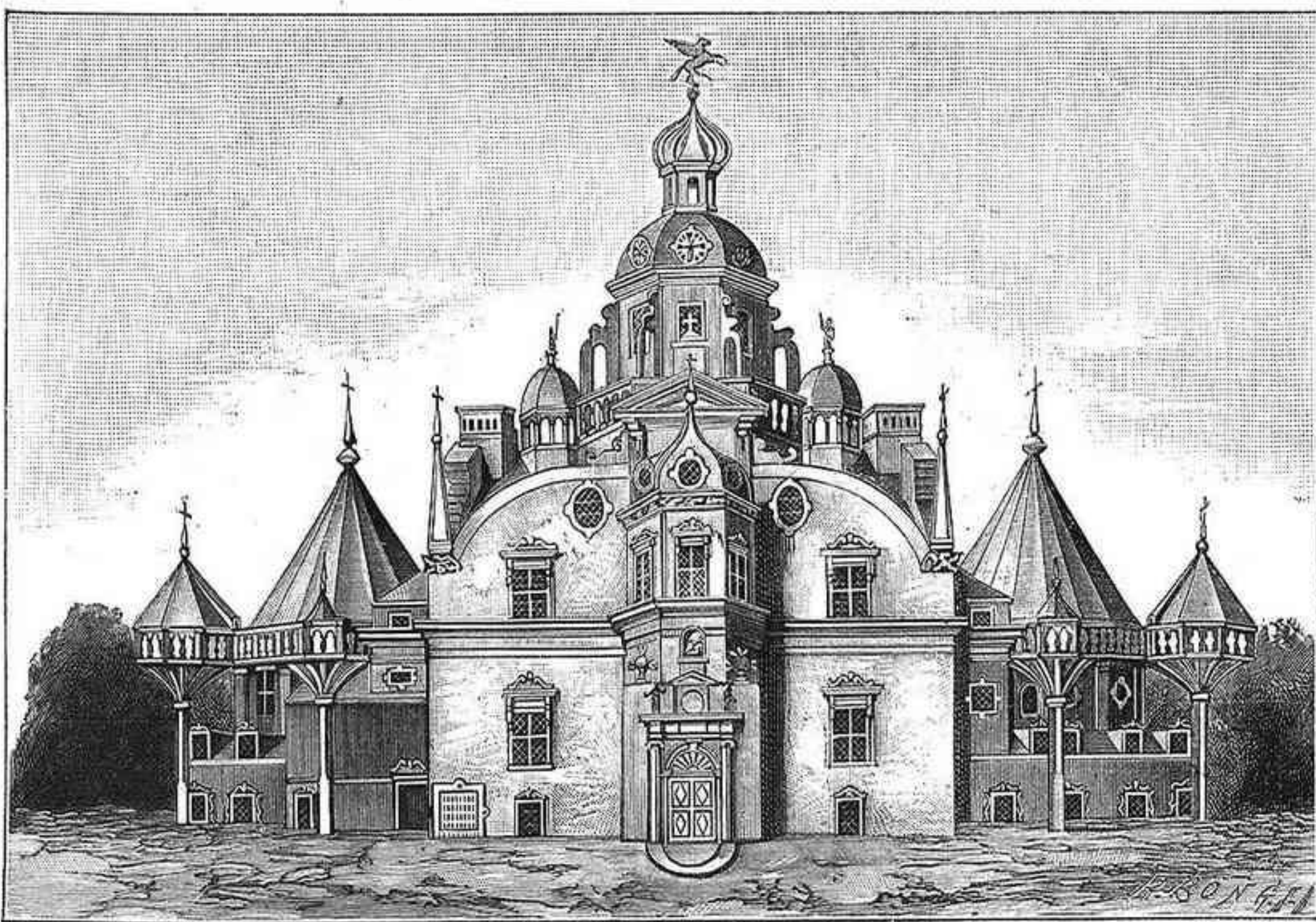
P. GÓMEZ CANDELA.

EL BANDIDO MUSOLINO

La historia del célebre bandido italiano, que la casualidad ha puesto en manos de los gendarmes, es tan accidentada como la de todos los que en aquella región de la Calabria, tierra tradicional del bandolerismo, abandonan su hogar y emprenden una vida errante y de aventuras, llevados casi siempre, más que del afán de la rapiña, de la sed de venganza.

Nacido en 1876, á los quince años debutaba en su peligrosa carrera, siendo condenado á 20 días de cárcel por uso de armas prohibidas; en 1897 sufrió primero 15 días de prisión por violencia, injurias y violación de domicilio, y luego 4 meses y 25 días por golpes y lesiones. Pero el año decisivo de su existencia fué el de 1898: en febrero le condenan á 25 días de cárcel y á una multa por violencias é injurias, y en junio á 6 meses por lesiones. Hasta entonces no había dado muerte á nadie; pero el tribunal de los Asises de Reggio, por denuncia de un tal Zoccali, le condenó á 22 años de reclusión como cómplice de un asesinato.

Musolino protestó de su inocencia, y dirigiéndose á su denunciador le dijo: «Saldré de presidio á la edad de cuarenta años, y entonces, si te encuentro, te mataré, y si no, tus hijos pagarán por ti.»



URANIENBORG, EL OBSERVATORIO DE TYCHO BRAHE

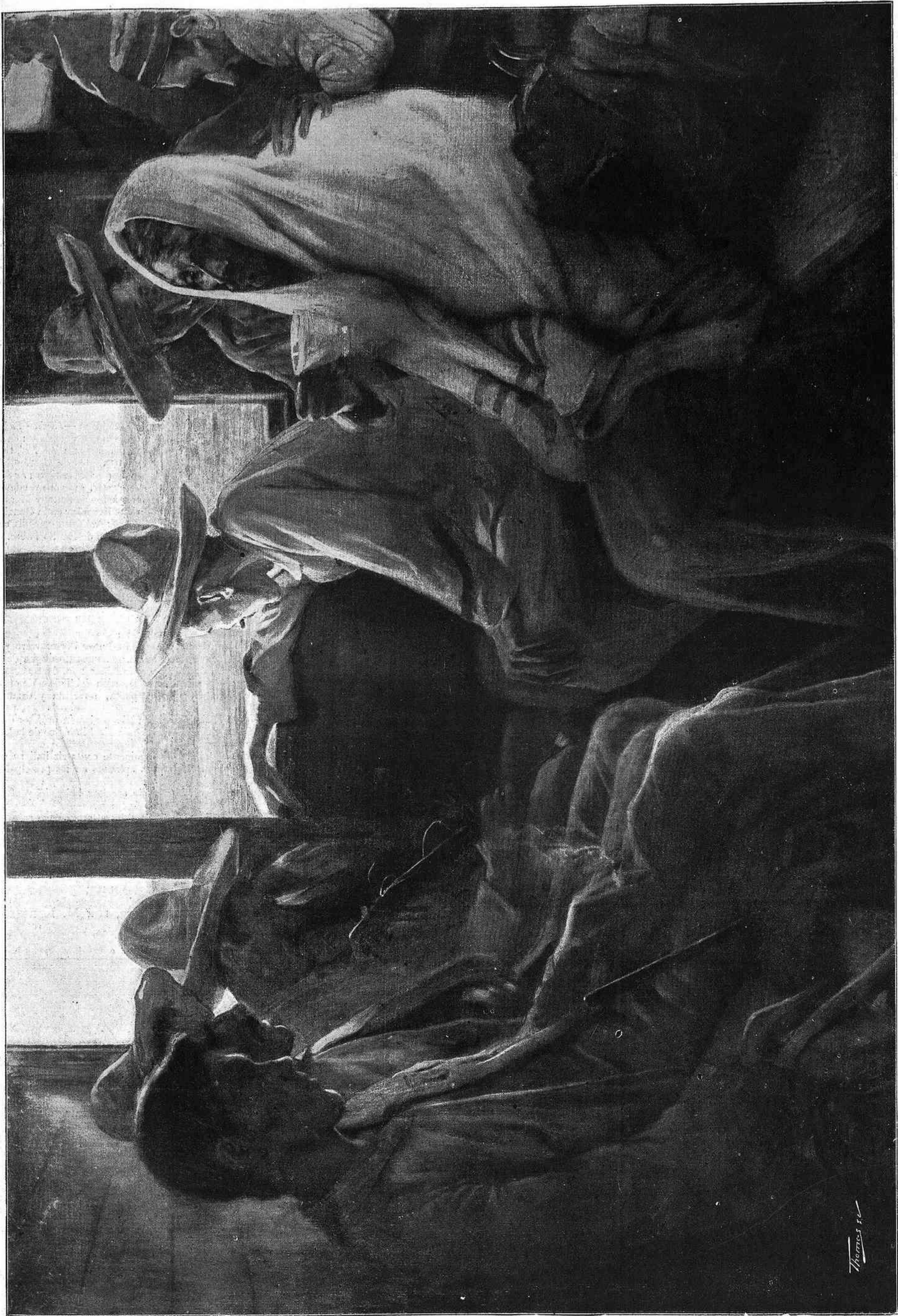
servatorio; pero antes de que tal proyecto se realizara murió el sabio ilustre (24 de octubre de 1601) en aquella capital. Sus últimas palabras fueron: «¡No he vivido en vano!»

Las muchas persecuciones y contrariedades que hubo de sufrir hicieronle intolerante en grado sumo, no queriendo reconocer los méritos de nadie y negándose á aceptar, sólo por esta razón, el sistema solar de Copérnico, al que quiso substituir con otro por él inventado.

El sistema de Tycho Brahe significó un retroceso respecto del de Copérnico, que es un portentoso de



EL CEBO, cuadro de Laureano Barrau (Salón París)



ESPAÑA. 1898, cuadro de Laureano Barrau (Salón Parés)

Barrau 98

Encerrado en la cárcel de Reggio, en Calabria, logró escapar con varios de sus compañeros, y desde entonces se consagró á su venganza. En seis meses da muerte á cuatro personas y saquea algunas haciendas; poco después asesina á un tal Chirico; mata á puñaladas á Francisca Siberi, mientras duerme, por haber declarado contra él; mata á un hermano de su delator, y asociado con dos compañeros, prende fuego á un bosque, atenta contra la vida de una aldeana, estrangula á un ex alcalde, incendia la casa de los Zoccali, da muerte á un pequeño propietario que le había denunciado y trata por dos veces de desembarazarse de un tal Zorrilli. Todo esto sin contar los pobres gendarmes enviados en persecución suya y que han pagado con su vida el cumplimiento de su deber.

Sus compañeros fueron arrestados, y Musolino solo recorrió sin que nadie le molestara la región ocupada por la policía y por los gendarmes. Fué rey de la montaña, y carboneros, leñadores, acemileros, pastores, labradores le proporcionaban albergue, comida y cuanto necesitaba para su existencia errante.

La policía hizo gran número de prisiones, pero todo resultaba inútil; y á pesar de la considerable suma ofrecida al que facilitara la captura del bandido, fueron muy pocos los que se prestaron, con riesgo de su vida, á acompañar á los gendarmes, y aun se dió el caso de que éstos fueran traicionados por los que se ofrecían á guiarles. Hubo persecuciones y cazas verdaderamente épicas, pero todo en vano. Musolino logró escapar á Urbino, en donde al fin ha sido recientemente capturado cuando los mismos que le prendieron le creían todavía en la región de Aspromonte.

Su vida, como se comprenderá, está llena de episodios interesantes y de novelescas aventuras. Cuando se fugó de la cárcel de Reggio y se lanzó al monte, grabó en el tronco de un árbol diez y ocho nombres,



El bandido italiano José MUSOLINO, recientemente capturado

los de sus futuras víctimas; y cada vez que una de éstas sucumbía á su venganza, grababa al lado del nombre respectivo una cruz. Cuantos le delataron, á sus manos perecieron; y sin temor á sus perseguidores, penetra en los pueblos, entra en las casas y lleva su audacia hasta asesinar en el propio lecho á un matrimonio en la noche de bodas. Ultimamente presencié desde una colina inmediata la procesión de la *Varia*, que con gran pompa celebra todos los años la pequeña población de Palmi y en la que 200 robustos marineros, carreteros y pastores llevan en hombros un inmenso catafalco, de 12 toneladas de peso, compuesto de dos plataformas con 12 preciosas niñas vestidas de blanco y 12 mozos que representan respectivamente á los ángeles y á los apóstoles y sostienen la urna que encierra los restos de la Madona. Desde aquella colina Musolino elevaba sus oraciones al cielo.

Como siempre que de tales bandidos se trata, cuéntanse de él rasgos de generosidad y aun de hombría de bien. Dícese que pudiendo matar impune-

mente á un ex guardia que se prestó á entregarlo muerto ó vivo, le perdonó la vida porque supo que tenía cinco hijos y que obraba impulsado por la necesidad de salvar á éstos del hambre. Refiérese que



EN LA PLAYA, cuadro de Augusto Hagborg

huyó la ocasión de matar á dos de sus delatores por no dejar en la orfandad á seres inocentes; que jamás robó; que tomaba lo que le daban, sin pedirlo y pagándolo con su trabajo, y que no queriendo matar á los soldados y guardias que le perseguían, por considerarlos como cumplidores de su deber, cuando se veía precisado á hacerles fuego, disparaba con perdigones y procurando herirles en las piernas. En una palabra, Musolino, como todos los criminales de su calaña, ha tenido su leyenda, sus poemas heroicos, sus romances, en los cuales sus crímenes eran presentados como hazañas.

Esta leyenda ha llegado seguramente á su término, porque es de suponer que el gobierno italiano adoptará todas las precauciones necesarias para que el célebre bandido no pueda volver á las andadas. — S.

EN LA PLAYA

CUADRO DE AUGUSTO HAGBORG

Este cuadro del notable pintor sueco es una nueva demostración de lo que hace pocos números decíamos á propósito de otros lienzos debidos á artistas del Norte. Hay en él abundancia de luz; el sol ilumina la playa con intensos resplandores, el cielo se presenta luminoso, la atmósfera es transparente y límpida, el mar ofrece tonalidades vigorosas, y las figuras, sólidamente trazadas, se destacan enérgicamente con brillantes contrastes de luces y sombras. Es, en suma, una nota alegre, simpática, que de seguro á muchos, poco conocedores de lo que es el arte en los países septentrionales, más parecerá obra de un meridional que de quien vive casi perpetuamente entre brumas.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — BARCELONA. — Están casi terminados los trabajos de instalación del legado artístico del que fué nuestro querido amigo y director, el inolvidable José Luis Pellicer. Ocupa esta exposición toda el ala izquierda de la planta baja del Palacio de Bellas Artes.

De las tres salas que se han habilitado para el caso, la primera está ocupada por buen número de cuadros en blanco y negro, dibujos á la pluma y al lavado, proyectos acuarelados y croquis del natural. Entre los cuadros llaman principalmente la atención el de un baile en el teatro Lírico, una escena *Ante el Guignol*, una calle de Barcelona, un interior de café y otros no menos notables.

La segunda sala está arreglada á manera de taller; en ella se ven un retrato de Pellicer pintado por Martí y Alsina y rodeado de hojas de laurel y palma, un gran número de dibujos reproducciones de escenas de la guerra del Norte, y varios cuadros al óleo, entre ellos la entrada del general Prim después de la guerra de Africa y la cabalgata del centenario de Colón y reproducciones fotográficas de otros, como el famoso *¡Zitto, che pasa la ronda!*, *¡A los toros, á los toros!*. En la propia sala hay

una librería coronada por una interesante colección de sombreros de carácter arqueológico, un grupo de armas y otro de instrumentos músicos, varias tablas góticas y del renacimiento, cuadros antiguos, trajes de principios del siglo XIX, azulejos y platos de mayólica, tapices y otros objetos. Completan el adorno de esta sala las ilustraciones de la novela *«La Honrada.»*

En el tercer salón están instalados los restantes dibujos que llegan á miles y entre los que sobresalen los de la guerra de Oriente y los retratos de todos los responsables que asistieron á aquella campaña, los originales de las ilustraciones *«La leyenda de los Tenorios,»* de las obras de Larra y de otros muchas publicadas en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y por la casa editora de ésta.

En resumen, la exposición ha quedado perfectamente instalada, mereciendo por ello la comisión del Círculo Artístico que bajo los auspicios del Ayuntamiento la ha llevado á cabo, los más entusiastas plácemes de todos los amantes de las bellas artes y la gratitud de los amigos y admiradores de Pellicer.

Todos los objetos que en la exposición figuran serán tasados y vendidos en pública subasta, siendo de esperar que el producto que de ellos se obtenga corresponderá á la importancia de los mismos y á lo que la memoria de Pellicer merece.

Teatros. — París. — Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia francesa *Le Roi*, tragedia en tres actos de Gastón Schefer; en Folies Dramatiques *Le billet de Logement*, gracioso vaudeville en tres actos de Antony Mars y Enrique Keroul; y en la Renaissance *La vie publique*, comedia en cuatro actos de Emilio Fabre.

Barcelona. — En el teatro Principal ha inaugurado con excelente éxito sus tareas la notable compañía de declamación castellana que dirigen el Sr. Sánchez de León y la señora Lamadrid.

Neurología. — Han fallecido: Carlos María Isabel Stuart Fitz-James Portocarrero y Palafox, noveno duque de Berwick, décimosexto duque de Alba, duque de Liria, de Olivares y de Peñaranda, doce veces grande de España y caballero de la orden del Toisón de oro.

Miguel Balucki, notable poeta, novelista y dramaturgo polaco.

Dr. Jorge Kaibel, célebre filólogo alemán profesor de Filología Clásica y director del Seminario Filológico de la Universidad de Gottinga.

Adelaida Borghi-Mamo, eminente cantatriz italiana que en su tiempo conquistó grandes aplausos en los principales teatros del mundo.

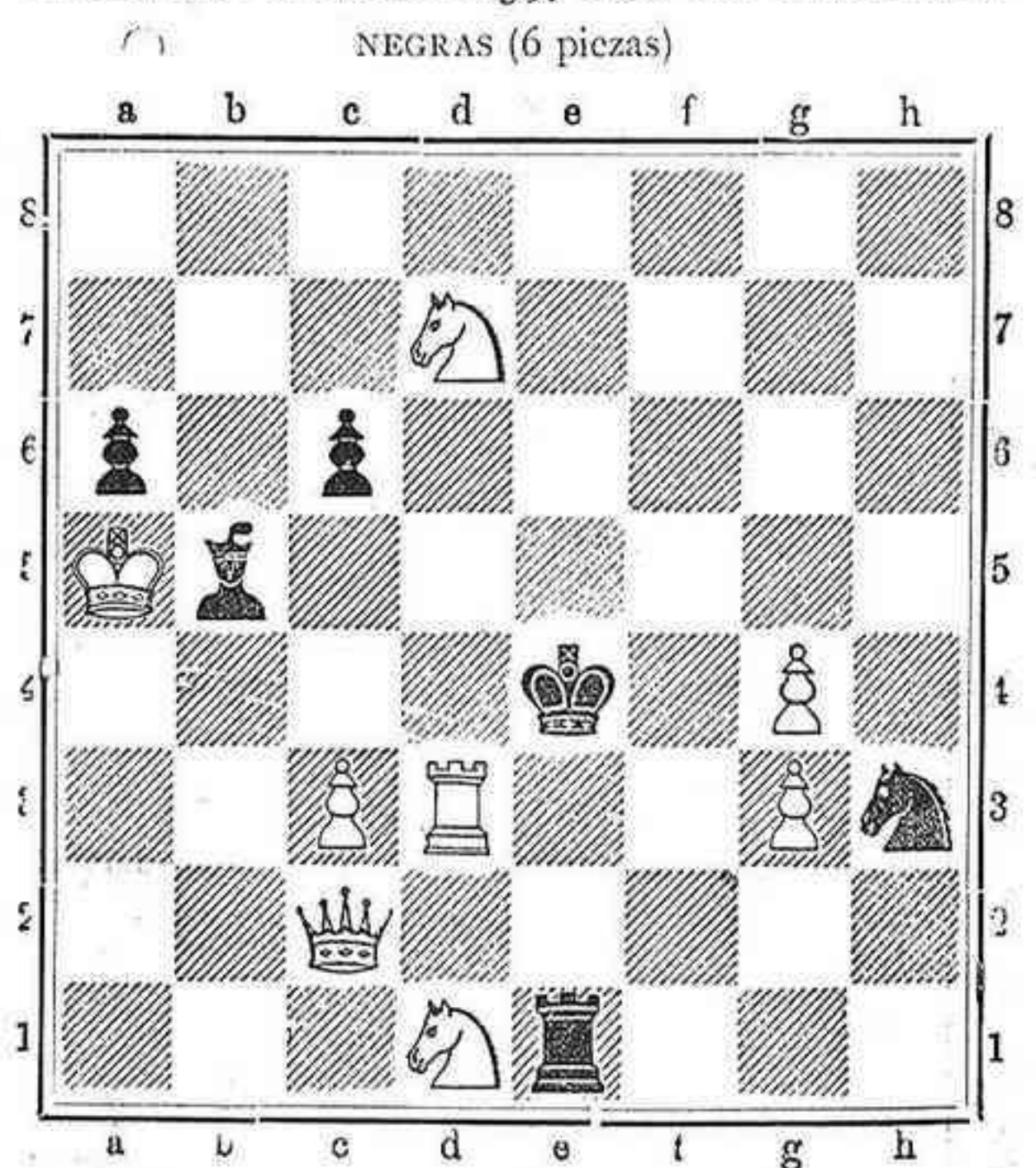
Bohuslaw Schnirch, notable escultor bohemio, profesor de la Academia de Bellas Artes de Praga.

Miguel Alexejewitch Wenewitinow, arqueólogo ruso, ex director del Museo Rumjanzar.

Enrique Ritter de Horzinger, notable arqueólogo austriaco, ex vicedirector de la Academia Oriental de Viena.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 259, POR M. KARSTEDT.



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 258, POR B. WARDENER.

- Blancas. Negras.
1. T f 5 — h 5
 2. D h 1 — g 2 jaque
 3. C e 2 — e 3 mate.
 1. A toma P g 3
 2. R toma D.

VARIANTES

- 1..... A otra jug.ª; 2. Th 5 — h 2, etc.
- 2..... d 6 — d 5; 2. Th 5 — e 5, etc.



Si tuviese usted confianza en ella, encontraría fácilmente algún medio

UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

(CONTINUACIÓN)

- Que me ayude usted á confundir la infamia y á hacer que resplandezca la inocencia de mi sobrina. Debe haber medios para ello... ¡Reflexione usted! ¡Ha llegado á decirse que dió muerte á su marido, pues llevaba las ropas manchadas de sangre! ¡Bien sabe usted que no le mató!

Teodoro al oír estas palabras hizo un movimiento. La enormidad de tal acusación le había chocado violentamente, conmoviendo todo su ser.

- ¡No, no le dió muerte, puedo jurarlo!, exclamó el joven con viveza. Tal suposición es verdaderamente monstruosa.

- ¡Ah! Pues bien: ¿quiere usted ayudarme á defenderla?, dijo Mad. Montclar.

- ¿Defender á Mad. de Beaurand? ¿Qué títulos tengo para ello, apreciable señora? Mi intervención en este asunto sería sumamente crítica, respondió Teodoro.

- Si tuviese usted confianza en ella, encontraría fácilmente algún medio, añadió la anciana con cierta amargura. Desgraciadamente, usted, sí, usted, figura también en el número de sus enemigos...

- Permítame usted..., interrumpió Teodoro procurando disculparse.

- Creía que su espíritu caballeresco le hubiera hecho vencer la fuerte antipatía que parece sentir usted hacia mi sobrina; veo que me he equivocado.

Mad. Montclar volvió el rostro hacia un lado, enjugándose furtivamente una lágrima. Se sentía verdaderamente humillada.

- Señora, dijo Benoist, no dude usted que mi espíritu de justicia es bastante poderoso para hacerme salir de un error. He creído, lo confieso, que madame de Beaurand podía saber algo importante que ignoramos y que hubiera acaso esclarecido el misterio que envuelve la muerte de Raimundo; aun ahora no puedo acostumbrarme á la idea de que no sepa más que nosotros acerca de esta cuestión; pero de eso á condenar á una señora que se encuentra en una situación terriblemente delicada y dolorosa, hay una distancia enorme, no lo dude usted...

Mientras esto decía, el joven se iba animando. Parecía resonar aún en sus oídos la voz de su madre repitiéndole consejos de prudencia y justicia, y por más que vacilase entre sus primeras impresiones y la emoción de que en aquellos momentos se hallaba poseído, sentía no serle posible rehusar adquirir mayores datos para hacer más claros sus juicios.

- Pues bien, Sr. Benoist, sólo le pido una cosa, dijo Mad. Montclar con viveza. Vea usted á mi sobrina, hable con ella y haga usted lo posible por conocerla. No se franquea con facilidad; pero estoy segura de que pronto se convencerá usted de que es la rectitud personificada. ¿Quién sabe? Acaso durante sus conversaciones, si ve en usted un amigo, le dirá á usted sin vacilar algo que nos permita comprender ó adivinar el horrible misterio: Raimundo tenía quizá motivos..., pero yo me confundo sin poder averiguarlos. Procure usted ganarse su confianza; aunque joven, es Estrella prudentísima, mucho más prudente que yo, que soy vieja... ¡Ah, demasiado vieja!

La anciana, sumamente abatida, inclinó la cabeza sobre el respaldo del sillón donde estaba sentada, pudiendo ver entonces Benoist hasta qué punto habían hecho mella en su ser los sufrimientos.

- Me costaría mucho trabajo, dijo Benoist, obtener la confianza de Mad. de Beaurand; pero por usted, apreciable señora, nada hay en el mundo que no me halle dispuesto á intentar... Ha sido usted tan buena para mí en otro tiempo, cuando estaba en Saint Cyr y Raimundo en nuestros paseos me llevaba á casa de usted..., y luego, y siempre...

- ¡Querido hijo!, exclamó Mad. Montclar colocando una mano sobre sus ojos para ocultar las lágrimas que á pesar suyo cayeron, corriendo por entre sus dedos, parece cosa extraña decirlo, pero en este momento no tengo más amigo que usted... y mi sobrina no tiene otra amiga que yo... Es preciso, pues, tomarnos juntas; no hay medio de separarnos..., hasta que la muerte se encargue...

La anciana cayó desvanecida, quedando inerte su cabeza apoyada en el respaldo del sillón. Benoist, alarmado, tocó la campanilla, acudiendo inmediatamente una camarera y poco después Estrella.

- No es nada, señora, dijo Benoist dando un paso hacia la joven viuda. Mad. Montclar ha sufrido un instante de debilidad...

Estrella hizo con la cabeza un signo de agradecimiento y se acercó á su tía, que al contacto de sus delicadas manos no tardó en abrir los ojos, y sin poder hablar aún, hizo una seña á Benoist, quien comprendió lo que la anciana deseaba.

- Su tía, dijo el joven á Estrella, quiere que exprese á usted la confianza que se ha dignado depositar en mí; para hacerme digno de ella, es preciso

que me declare su servidor respetuoso y leal... y el suyo también..., señora.

Teodoro había pronunciado estas frases sin atreverse á mirarla; cuando levantó los ojos vió que la joven tenía los suyos fijos con firmeza en él.

- Se lo agradezco á usted, caballero, respondió Estrella.

- Dale la mano, sobrina, dijo Mad. Montclar con voz débil como un suspiro.

Estrella extendió su mano blanca y leal, dirigiendo al joven una mirada, con la que parecía decirle: «Mi anciana amiga quiere que hagamos las paces; consiento en ello por satisfacerla, pero queda usted libre en cuanto á sus opiniones.»

En los ojos de Teodoro la joven creyó ver una expresión triste, que lo mismo podía ser un reproche que una muestra de arrepentimiento. Esto último era más bien, pero la dama no podía adivinarlo.

- Reanudaremos esta entrevista en otra ocasión, dijo el joven á Mad. Montclar. Ahora creo que necesita usted completo reposo; si me lo permite usted, volveré mañana.

Impidiéndole la debilidad responder, la anciana extendió sus enflaquecidos dedos, que Benoist besó respetuosamente. Luego, seguido por Estrella, se dirigió hacia la puerta, cuyo umbral franquearon ambos, cerrándola tras sí. Al encontrarse en la pieza contigua á la de que acababan de salir, se detuvieron mirándose.

- Caballero, dijo Estrella, no creo que la opinión que respecto á mí tenga usted haya podido ser modificada por las suposiciones que por ahí se han hecho; si por complacer á mi tía ha creído usted deber demostrarme sentimientos que no experimenta, le doy las gracias por ello, y tenga usted la seguridad de que no han de hacer en ningún modo que me exceda.

- Señora, repuso Teodoro haciendo un violento esfuerzo por bajar la voz, Mad. Montclar me ha manifestado un deseo tan grande de ver en mí un verdadero amigo, que no sabría corresponder á sus esperanzas sin ponerme al lado de usted con absoluta sinceridad.

Estrella bajó los ojos, permaneciendo ambos algunos instantes inmóviles, con las almas llenas de impresiones contradictorias, dolorosas, confusas, que las palabras no podían expresar y de las que no acertaban á darse exacta cuenta. Desde cuatro ó cinco

meses á aquella parte que venían constantemente pensando el uno en el otro, con rasgos de apasionada cólera que se parecían al aborrecimiento: ¿qué no se habrían dicho recíprocamente, sin que lo hubiese jamás sabido nadie más que el que lo pensaba? El recuerdo de los apóstrofes vehementes y mudos que se habían dirigido, se levantaba entre ellos en aquellos momentos, impidiéndoles hablar.

Por fin Benoist metió la mano en un bolsillo y sacó la cartera, de la que extrajo el paquetito que le entregara Bolvín, presentándolo á Estrella, después de un instante de vacilación.

— Desde hace tiempo, dijo, debía entregar á usted esto... Dispénseme la demora... Estos papeles son los últimos que tocó Raimundo...

La joven los tomó con mano perfectamente firme. — Me han sido entregados, continuó Teodoro, por el funcionario que se propuso averiguar las circunstancias del... Como su misión era amistosa simplemente y no ha tenido resultado... Le pertenecen á usted...

Estrella miró el paquetito que tantas cosas hubiera podido contener y que sin embargo carecía de importancia. Luego, fijando sus ojos en el joven, dijo:

— ¿Esto es todo?

Teodoro ante aquella mirada leal, de amarga tristeza, pero firme, se avergonzó, agitándose nerviosos sus dedos sobre la cartera, de la que faltó poco para que sacase el sobre; pero vino á su memoria la frase de Bolvín: «Guárdele usted; no me extrañaría que más tarde ó más temprano venga la carta á colocarse en su envoltura.» y poniéndose otra vez el sobre en el bolsillo, contestó:

— Es todo.

Todavía permanecieron mirándose silenciosos por espacio de algunos segundos.

— Gracias, caballero, dijo por fin la joven, añadiendo después de alguna vacilación: gracias por esto y por el celo que en favor de mi tía ha mostrado. Está más enferma de lo que parece: lo ocurrido en Saint-Aubin le produjo un efecto terrible. Temo que no viva mucho tiempo... Entonces, quedaré completamente sola... Pero mientras exista, puesto que le profesa amistad, sea usted bueno para con ella, caballero...

XVIII

Al día siguiente, cuando Teodoro Benoist se despertó, sintióse sumamente sorprendido al verse en una disposición de ánimo sonriente, casi alegre, cosa que desde hacía mucho tiempo no le pasaba.

Aquel hombre de pensamientos graves y de corazón serio, puede decirse que no había hecho ningún uso de su juventud. Un desengaño de amor, sufrido á la edad en que tales impresiones tienen una influencia decisiva sobre ciertos caracteres, le había dejado una tristeza sin amargura, pero acompañada de una especie de desaliento. El gran cariño y el profundo respeto que profesaba á su madre, le habían impedido desdenar á todas las mujeres en general, con el pretexto de que una de ellas le había hecho sufrir; pero no sintió ya más el deseo de arriesgarse otra vez en empresas semejantes; y como el amor sólo suele encontrar á los que lo buscan, resultó de ello que el joven pasara de un modo casi austero los años que la mayor parte de los hombres disipan entregados al placer ó á las aventuras amorosas.

Esta circunstancia le había dado fuerza y debilidad al mismo tiempo; pues si bien, habiendo conservado la frescura de sus impresiones y la energía de su voluntad, tenía indudablemente mayores armas para defenderse en los combates de la vida, no era menos cierto que ignoraba muchos lazos que preparan el mundo, y sobre todo los que á sí mismos suelen tenderse los individuos y en los que con la mayor facilidad caen los mejores y más dignos.

Benoist se dirigía acerbadas censuras por amar á Mad. de Beaurand. La antigua sombra de desconfianza, el misterio aún no explicado, envolvían ante sus ojos á la joven en una atmósfera mefítica casi aterradora; de aquí que la viese, hasta cierto punto, á la fuerza, como se respira un aire cargado de venenos embriagadores, sintiendo una especie de temor y de angustia.

Inútilmente había luchado contra sí mismo durante el apacible verano que acababa de pasar junto á su madre, entregado á la sencillez y descansada vida del propietario rural; la certidumbre de que Raimundo se había dado muerte por causa de Estrella, no dejó un momento de atormentar su ánimo. Una ó dos veces llegó á pensar si la causa del suicidio estribaría en el mismo Raimundo...; pero ¿por qué su amigo habría podido aterrarse ante una reve-

lación por grave que fuese, hasta el punto de preferir la muerte? Benoist, después de reflexionar acerca de esta idea, había acabado por rechazarla.

El solo hecho de haber vacilado en una convicción tan absoluta como lo era la suya, aminoraba, sin embargo, en aquellos momentos la penosa tensión de los nervios del pobre joven, proporcionándole un nuevo paliativo ver á Estrella, no irritada y rebelándose contra sus sospechas, sino triste y hasta casi humillada por la innegable injusticia de la opinión para con ella.

A los ojos de Teodoro era más simpática aquella mujer en la actitud en que se presentaba, que si la hubiese visto presa de la cólera y la indignación; su corazón sentía que le aconsejaba ser indulgente, perdonar quizá á aquella mujer que tan rudo castigo sufría por un acto malo que nadie podía asegurar y con el que de todos modos creía firmemente que aquél no guardaba proporción si se tenían en cuenta las terribles consecuencias que había tenido. En aquellos momentos el estado de ánimo del joven le permitía admitir que Estrella hubiera podido ser culpable de un acto imprudente, acaso de una inconsecuencia; pero ¿de una verdadera falta?., no lo admitía de ningún modo.

La triste juventud de aquella mujer, el aislamiento en que en realidad había vivido, ¿no eran suficientes causas para excusarla? Cualquiera que hubiese sido su error, ¿no estaba cruelmente castigado? ¿No era justo tratarla con alguna indulgencia?

Estas vagas y flotantes ideas habían visitado el sueño de Benoist, quien la mañana siguiente experimentó ese bienestar especial que produce el despertar después de los grandes esfuerzos de la voluntad y de los exámenes del propio espíritu, por decirlo así. Con una lentitud poco conforme con su habitual regularidad en todo, se levantó, y después de haber almorzado salió de su casa, pareciéndole suave el aire, simpáticos los transeúntes y París digno como nunca de ser admirado.

Por orden de Mad. de Beaurand, el joven fué recibido en el piso bajo del hotel. Este vasto edificio tenía un aspecto harto triste, á pesar de su lujo: los suelos encerados relucían como cristales, los cuadros y los dorados adornos, á cuya restauración se había procedido poco antes de la boda, brillaban en medio de la soledad y el silencio. Teodoro, al ver de nuevo aquellas estancias, llenas de ruido y animación la última vez que estuvo en ellas, sintióse verdaderamente emocionado.

Obedeciendo á un impulso irreflexivo, Benoist penetró en el saloncito donde había cambiado con Raimundo las últimas palabras en que le reiteró su leal é íntima amistad; luego se volvió para divisar de nuevo el punto donde había contemplado á Estrella, mientras ésta hablaba con sus amigas...

Por aquel mismo sitio donde la había visto con su blanco traje nupcial, avanzaba ahora hacia él la joven vestida de luto. Estrella parecía á sus ojos haberse engrandecido; su talle, de continente antes tan noble, se había hecho aún más esbelto y flexible; su marcha era más firme y grave que en otro tiempo; comprendíase, en fin, que la carga de la vida pesaba sobre sus hombros, pero sin lograr encorvarlos. Benoist al verla, rápidamente y como si hubiese notado que acababa de cometer una indiscreción, se dirigió á su encuentro diciéndole:

— Dispénseme usted, no he podido menos de volver allá... donde vi por última vez á Beaurand.

Estrella fijó en él sus hermosos ojos; las miradas de ambos se cruzaron como si quisiesen llegar mutuamente hasta el fondo de sus almas, y Teodoro sintió de pronto que no le era posible ya en lo sucesivo acusar á aquella mujer ni de la falta más venial. Avergonzado y profundamente arrepentido, bajó la vista, no sintiéndose con fuerzas para decir una palabra, y siguió lentamente, como un perro sumiso, á Mad. de Beaurand, quien le condujo á un salón contiguo al vestíbulo.

— Mad. Montclar se halla indispuerta, dijo la joven viuda sentándose y señalando una silla á Teodoro, y suplica á usted que la dispense; por otra parte, ya le explicó ayer, creo, lo que la preocupaba... El mal no tiene remedio, me parece... No obstante, si fuera posible hacer algo por asegurar la tranquilidad de mi tía, creo del caso que se intentase á cualquier precio..., pero sólo con ese objeto.

— ¿Únicamente?, preguntó Benoist conmovido ante aquella abnegación, cuyo esfuerzo doloroso y disimulado comprendía. ¿Y por usted misma, señora? Estrella levantó con altivez la cabeza.

— ¿Yo?, dijo con una calma no muy conforme por cierto con su actitud; yo nada deseo ni espero. ¿Para qué había de preocuparme por lo que no puedo impedir? Mad. Montclar me quiere, y esto me basta.

Teodoro se sintió herido en su amor propio, ex-

perimentando por ello dolor, pero no irritación. ¿Acaso no merecía aquello y cien veces más aún?

— Señora..., dijo en voz baja, y se detuvo luego.

¿Cómo implorar el perdón de aquella mujer tan gratuita y odiosamente ofendida? El solo hecho de excusarse, ¿no era por ventura una nueva ofensa? La joven esperaba que continuase, siéndole por tanto imprescindible hacerlo.

— Señora, prosiguió Teodoro después de hacer un gran esfuerzo, comprendo y admiro su afecto hacia Mad. Montclar; pero no es sólo por ella por quien debe usted mantener la lucha, sino por usted misma.

— ¡Oh! ¡Yo!., contestó Estrella haciendo un gesto de agradecimiento. ¡Si tuviese la desgracia de perder mi tía, la opinión de la gente había de importarme muy poco!

— Se vive entre ella, sin embargo...

La joven hizo con la cabeza un signo negativo.

— Me iría á un rincón de alguna provincia, donde, si era posible, prestase algún servicio útil; dejaría el apellido que tan pesada serie de disgustos me ha proporcionado, y viviría tranquila con el de mi madre... «La señorita Brunaire, dirían, es una solterona...»

Al decir esto sonrió ligeramente, pero su sonrisa fué corta y triste. Benoist la escuchaba verdaderamente afligido.

— ¿Y los que la aman?, dijo sin poder contener esta palabra, por más que comprendiese cuán absurda era.

La joven le miró profundamente sorprendida.

— Pero ¡si no hay ninguno!, contestó. Mis amistades de soltera han desaparecido al ocurrir la catástrofe. Además, ¿con dinero no me haré en cualquiera parte otras tan sólidas cuando menos como aquéllas?

Benoist guardó silencio por espacio de algunos instantes, buscando en su imaginación la manera de revelarla su pensamiento. Estrella le miraba con secreta satisfacción: ver turbado ante ella á un antiguo enemigo, era un placer del que disfrutaba en extremo allá en su interior.

— Está usted muy desilusionada, dijo Teodoro por fin, ¡y tan joven!..

— Confiese usted que hay motivo para ello, repuso Estrella con sequedad. Así pues, caballero, agradeceré á usted infinitamente cuanto pueda hacer por tranquilizar á mi tía, y precisamente con ese objeto había pensado... Pero va usted á formar muy mala opinión de mí.

Teodoro sintió que llegaba hasta lo más íntimo de su corazón una mirada que le dirigió Estrella, quien parecía decirle: «¿No ha formado usted ya bastante mal juicio de mí sin motivo alguno? ¿Es posible que pueda añadir algo que lo empeore?»

Los ojos del joven parecían responderle: «No me abruma usted, se lo suplico.»

— Había pensado que, si quisiera usted ayudarme, podríamos organizar un pequeño complot que proporcionara á Mad. Montclar la ilusión de alguna alegría... Se halla muy enferma y temo que sus días estén contados... Nuestro luto y su poca salud la impedirán probablemente salir este invierno; usted será el encargado de mantenerla en comunicación con el mundo exterior... ¿No podría usted, caballero, decirle que se ha efectuado una reacción en mi favor..., ó sencillamente que no se habla ya de mí? Eso será verdad, sin duda, pues la gente no se ocupa mucho tiempo de las mismas personas... Han sido precisas circunstancias extraordinarias en realidad, para que durante tanto tiempo se me haya llevado en lenguas... ¿Quiere usted ayudarme, caballero, en esta verdadera obra de caridad? Esa excelente anciana no ha merecido por cierto la desgracia que la agobia...

— Ni usted tampoco, señora, dijo Benoist levantándose.

Estrella bajó los ojos saboreando interiormente la dulzura inaudita de aquellas palabras.

Después de algunos momentos de silencio, la joven prosiguió con voz algo alterada:

— Yo... Eso importa poco; ya se lo he dicho.

— Eso importa á quien la respete, repuso el joven inclinándose.

La viuda se había levantado también, sintiendo oprimida su garganta, hasta el punto de que no daba paso á un sonido.

— Caballero, dijo con voz tan baja que Teodoro tuvo que acercarse á ella para entenderla, no cree usted, pues, que sea yo... ni por causa mía...

Benoist se inclinó hasta casi doblar la rodilla.

— Señora, repuso con voz ahogada también, perdóneme por haber sido tan miserable... Era que amaba á mi amigo más que á mí mismo...

Por un movimiento instintivo, Estrella le tendió bruscamente las manos, que el joven estrechó con fuerza. Luego sus dedos se desenlazaron, quedándose ambos silenciosos y mirándose sonrientes, ella

con los ojos llenos de lágrimas y Teodoro con los suyos medio cerrados para contener las que á ellos acudían.

Estrella respiró con desahogo, pudiendo al fin exclamar:

— ¡Oh, caballero, gracias! Ahora me será menos pesada la vida.

Durante algunos instantes permanecieron aún conversando acerca de cosas bien distintas de sus pensamientos, hasta que muy pronto Benoist se despidió.

— ¿Desea usted que vuelva?, dijo. ¿Mad. Montclar me necesita?

— No, respondió la joven viuda. En estos momentos nos remordería la conciencia arrebatarse á usted á su señora madre, que debe quejarse de la ausencia de usted... Volveremos á vernos este invierno.

Teodoro y Estrella se separaron en aquel vestíbulo tan frío y desmantelado, al que faltaban sus adornos de verdura y tapicería; pero ambos sentían sus almas llenas de calor y de luz.

XIX

Un veranillo de San Martín, más largo de lo que era de esperar, retuvo mucho tiempo fuera de París á los que no se veían imperiosamente atraídos á la capital por sus deberes ó por sus caprichos.

En el hotel de Beaurand continuaba reinando el silencio y el abandono, pues salvo algunos humildes amigos de los que la necesidad ó la gratitud acercan á la fortuna de los grandes, Mad. Montclar recibió muy pocas visitas y no muchas más Estrella.

Esto hizo que fuera grande su sorpresa cuando un día le dijeron que Mad. de Polrey se hallaba en el hotel. El frío de un día glacial había impedido que Mad. Montclar fuese, como acostumbraba, á tomar el aire en coche, habiéndose quedado acompañándola su sobrina.

El primer impulso de la joven fué negarse á recibir á aquella dama. ¿No había algo ofensivo en aquella visita á una hora en que no suelen hacerse y después de un inexcusable silencio?

Sin embargo, una rápida reflexión cambió sus disposiciones. Convenía enterarse de lo que Mad. de Polrey tuviese que decirle, pues acaso sería interesante y seguramente instructivo; además, si como era muy probable, aquella buena señora se había presentado en el hotel á hora tan intempestiva para salir del paso con sólo dejar tarjetas, no era de despreciar la maligna satisfacción de cogerla en sus propias redes.

La que, según la expresión admitida, había hecho las veces de madre para con Mad. de Beaurand, se sintió, en efecto, un tanto contrariada al ver que la hacían entrar en un salón; pero ¡no es posible acertar á que estén siempre fuera de casa las personas á quienes se va á ver por necesidad! Por otra parte, tampoco le disgustaba, en medio de todo, cerciorarse de qué cara ponía una mujer contra quien se dirigía una acusación de un crimen tan abominable. Escotada, pues, por sus dos hijas, Mad. de Polrey penetró en el gran salón donde Estrella la esperaba.

— ¡Querida hija!, dijo cuando se hubo sentado, después de los inevitables abrazos; no he querido perder momento en comunicar á usted la noticia que llena de alegría nuestra casa. Sus dos amigas, sus compañeras de la infancia, están para casarse con dos dignísimos nobles; uno de ellos es vecino nuestro en la casa de campo, y el otro un teniente del primer regimiento de húsares; ambas se muestran muy contentas; mis futuros yernos están por su parte muy enamorados, y se celebrarán en un día los dos casamientos.

— Felicito á usted sinceramente, apreciable señora, dijo Estrella.

Esta miró á sus compañeras de la infancia, que parecían, en efecto, hallarse muy satisfechas de su suerte, y les dirigió algunas palabras de cariño: después de todo, no eran responsables las niñas de la excesiva prudencia de su madre. Pero con gran sorpresa oyó que le contestaban con ceremoniosa cortesía, bien distinta por cierto de la antigua familiaridad que con ella tuvieron.

Ante la actitud de aquella familia, un sinnúmero de recuerdos asaltaron la mente de Estrella. Aquellas jóvenes, ¿eran las amigas de quienes seis ó siete meses antes se había despedido en su gabinete de soltera y que la rodeaban apresurándose cuidadosas á colocarle una flor ó una alhaja, satisfechas de desempeñar las veces de señoritas de honor, y ocultando, la mayor cuando menos, pues la más joven la profesaba sincero cariño, una verdadera envidia simulada bajo el ropaje de la más tierna amistad?

¡Qué lejos estaba ya todo aquello! Un lapso de veinte años, el tiempo bastante para que una corona

de cabellos blancos como los de Mad. Montclar substituyese las trenzas negras como el azabache que ostentaba la joven, no hubiera de seguro podido abrir entre aquellas mujeres un abismo tan profundo y ancho. Transcurridos algunos segundos, Estrella logró disipar estas impresiones y abstraerse á la tristeza que iba dominándola y que cedió su puesto á una altivez casi desdeñosa.

— Sed felices, queridas amigas, dijo con sereno ánimo; la dicha no exige siempre las mismas condiciones; cada una la comprende á su manera, y abrigo la esperanza de que la vuestra ha de ser tan constante como fácil de lograr.

Ambas muchachas sonrieron por parecerles del caso hacerlo así; sus bocas profirieron dos ó tres frases de circunstancias y sin ningún sentido real, volviéndose luego aquellos dos pares de ojos hacia la mamá, que tenía seguramente algo que decir aún.

— Los casamientos se verificarán el día 29, dijo Mad. de Polrey con cierta inquietud; es una lástima que el luto no le permita á usted asistir á ellos; sin embargo, quizá pudiera usted venir á la misa...

«¡Dios mío!, se dijo Estrella, ¡qué miedo tiene de que acepte! Merecería un formal y sonoro sí; pero todo ello no vale la pena de que me incomode.»

— No podré, añadió en alta voz. Mad. Montclar está enferma: el 29 es de hoy en ocho días, ¿verdad? No creo que pueda soportar dentro de tan breve plazo la fatiga de una ceremonia de alguna duración, y como por mi parte no salgo nunca sin ella...

— En medio de todo, tiene usted razón contestó Mad. de Polrey visiblemente satisfecha; y por mucho que lo sintamos, no podemos menos de estar conformes con el parecer de usted.

Dicho esto, se levantó para marcharse, acompañándola la viuda hasta el vestíbulo, donde la hija mayor de Mad. de Polrey le dijo de pronto:

— ¿Vendrás á ver mi ajuar, Estrella? Estará expuesto el lunes y el martes; no es tan rico como el tuyo; pero no obstante, tampoco es del todo malo.

— Sí, interrumpió la madre algo contrariada, podría venir por la mañana, ó á la una y media, á esa hora nos encontraría usted solas seguramente...

Mad. de Beaurand sonrió. Aquella pequeña insolencia, inocente por decirlo así, que la hubiera profundamente ofendido dos meses antes, le parecía ahora en extremo cómica, por lo mismo que no tenía exacta conciencia de ella la que la había proferido.

— Quedad tranquilas, respondió; iré á hora en que esté segura de no encontrarme con nadie; no hace tanto tiempo que salí de vuestra casa, para que se me hayan olvidado ya las costumbres...

— Es por causa de tu luto, ¿comprendes?, dijo la más joven, que se había ruborizado de vergüenza al oír las palabras de su madre.

Aquella pobre niña tenía buen corazón y estaba aún poco habituada al mundo para ser egoísta.

— He comprendido, hija mía, contestó Mad. de Beaurand colocándole afectuosamente una mano sobre el hombro, y te doy las gracias. Agradezco á usted asimismo su visita, apreciable señora; dignese usted expresar mis recuerdos á M. de Polrey.

Cuando las tres mujeres estuvieron en su coche, la madre reprochó á la desatinada hija que tan cerca estuvo de cometer tan gran yerro.

— ¿No comprendes el efecto que hubiera producido su llegada á las cinco de la tarde, cuando hubiera estado la casa llena de gente?, dijo al terminar su sermón.

— Conviene; sin embargo, contestó la joven con aire mohino, que vea lo que nos regalan. Después de todo, su ajuar no era mucho mejor que los nuestros, á pesar de ser tan rica como es.

— Ha contestado muy bien, interrumpió Odette con viveza; ha demostrado tener mucho tacto. Cuando yo esté casada, iré á verla.

— No harás tal, exclamó la hermana mayor.

— ¡Como mi marido no me lo prohíba, verás tú si la visito!, replicó la rebelde jovencita. ¡Y si fuese tan cobarde que me lo impidiera, no se lo perdonaría! Ha sido Estrella muy buena conmigo cuando estábamos en el convento y la quiero mucho. ¡No creeré nunca que sea capaz de hacer ningún mal, absolutamente ninguno, sea el que fuere!

— ¡Basta!, interrumpió con tono de satisfacción Mad. de Polrey. No os encolericéis, hijas mías, que se caldearía vuestra sangre y nos quedan aún por hacer diez ú once visitas antes de la hora de la comida.

Después de haber tratado con Mad. Montclar de si convenía ó no aceptar la invitación forzosa que Mad. de Polrey le había hecho, Estrella se decidió en sentido afirmativo; así fué que el martes siguiente, hacia las once de la mañana, atravesó, por primera vez desde el día de su boda, los umbrales de la casa que había sido ó aparentado ser la suya durante diez años.

Al ver de nuevo aquellas habitaciones adornadas para las ceremonias que iban á realizarse como lo estuvieron para ella, la joven viuda se sintió dominada por violentísima emoción. Ella era la que pocos meses antes, como estaban en aquel momento haciéndolo sus compañeras, corría de mesa en mesa, levantando delicadamente con las puntas de los dedos los encajes y las sederías. ¡Con qué infantil alegría fué levantando poquito á poco los pliegues de su traje nupcial, loca de placer al verlo tan hermoso! Aún se acordaba de que la última noche, sola en el gabinete al que no debía volver, se probó ante el espejo y sobre sus hombros casi desnudos las alhajas que había heredado de su madre. ¡Cómo brillaban las piedras preciosas sobre el cutis mate de su joven pecho!, ¡y cómo centelleaban las estrellas de diamantes sobre sus negros cabellos! El vivo recuerdo de aquellos momentos, los últimos de su libertad de soltera, hizo agolpar á sus ojos abundantes lágrimas, mientras con mano discreta desataba las ligeras cintas que mantenían sujetas algunas de las prendas que formaban el ajuar.

— Estrella, dijo de pronto á su oído una voz casi de niña, cuando esté casada iré á verte: lo quieres, ¿verdad?

Mad. de Beaurand se volvió, encontrando levantados hacia ella, con expresión generosa, los ojos de Odette, de quien en el colegio había sido durante tanto tiempo la «pequeña madre.»

— ¿Tú?, contestó llena de ternura y de alegría. ¿Sigues, pues, queriéndome?

— ¡Oh, sí! Verás á mi novio... ¡Es muy guapo! Le quiero mucho..., es sumamente bueno; tú le querrás también. Vendrás á almorzar con nosotros, ¿verdad? Mira, haré que dispongan para ti este servicio, dijo indicando una mesita llena de objetos de joyería y de ricas telas. ¡Este es el más bonito que tengo!

Estrella miró á su alrededor. En el extremo opuesto de la estancia, Mad. de Polrey y su hija mayor mantenían animada conferencia con la modista. La viuda estrechó entre sus brazos el cuerpo endeble de la novia y besó apasionadamente su rostro, que en aquellos momentos ofrecía á sus ojos una belleza ideal.

— Eres una niña encantadora, dijo Estrella en voz baja, y te querré siempre por lo que acabas de decirme. ¡Que Dios te bendiga, hija mía, por tu caridad y que te la devuelva centuplicada en su paraíso! En realidad, has dado hoy un vaso de agua á un pobre.

— ¿Vendrás, pues?, contestó la novia, que no la había entendido más que á medias.

— Nos veremos, sí, más tarde, cuando quieras. Ahora no.

La viuda se separó un poco de Odette, volviéndose luego hacia Mad. de Polrey que venía á su encuentro. Algunas palabras más se cruzaron entre ellas, simples palabras, mentirosas cortesías, después de las cuales Mad. de Beaurand salió de la casa que en su infancia había habitado.

Sola ya en el coche, la emoción que la dominaba le hizo derramar copiosas lágrimas, al enjugar las cuales, conmovida de placer, junto á la imagen de su antigua «hijita», vino á colocarse en su memoria la de Teodoro Benoist.

XX

El casamiento de las señoritas de Polrey se efectuó con la mayor pompa. Mad. Montclar y su sobrina, á cambio de esquelas de invitación, remitieron sus tarjetas y un telegrama el día de la ceremonia. La víspera, Estrella había hecho entregar secretamente á su antigua amiga una preciosa joya para ella expresamente escogida con solicitud casi maternal. Las jóvenes parejas se alejaron, cada una por su lado, con dirección al Mediodía, pareciéndole á madame de Beaurand, cuando Odette hubo salido de París con su esposo, que la capital era más fría y se mostraba más hostil que antes para con ella.

Benoist en tanto, después de una ausencia más larga de lo acostumbrado, había reaparecido. Su madre, fatigada por las tareas de una vendimia excepcional, se había sentido algo débil, y el joven, después de instarla en vano para que le acompañase á la capital con objeto de consultar á los médicos, se había quedado cuidándola. El sacrificio de éste no tardó en alcanzar la debida recompensa, pues el descanso del invierno, y la satisfacción que la viticultora sentía por tener á su lado á su hijo, devolvieron á sus mejillas los delicados colores de que tan orgulloso estaba Teodoro; sus pequeños ojos recobraron la brillantez y la vivacidad que de ordinario tenían, y la muda sonrisa que tanto encanto daba á su semblante, volvió á aparecer en él cada vez que se le presentaba el rostro querido del ex militar.

(Continuará)

ESCULTURAS DECORATIVAS DE LAMBERTO ESCALER

En la atinada disposición de las líneas, formas y colores halla sus elementos el arte decorativo, sin que intervenga en el número de sus factores el concepto ó el sentimiento. Con ser una de las ramas en que se subdividen las artes plásticas, no es privativo de aquellas que en el dibujo se nutren y toman su origen y fundamento, por más que de él principalmente se derive. La belleza constituye el manantial que infor-



JARDINERA DECORATIVA

ma sus creaciones, y cuanto la naturaleza produce hermoso y agradable préstase para desarrollar sus gallardas manifestaciones.

Hay que advertir que mientras se mantiene en sus justos límites y constituyen sus caracteres la belleza, la elegancia, la delicada expresión de una idea distintiva por el gracejo que revela ó la finura de la línea, podrá invocarse la legítima intervención del arte decorativo, llamado á responder á una de las más agradables y simpáticas necesidades de la vida social; mas no será posible admitirlo cuando se inspire en la extravagancia, á pretexto de pernicioso originalidad, y se confunda lo grosero y atildado con lo espontáneo y delicado.

«El arte griego — decía el ilustre crítico M. Eugene Veron — es, en gran parte, un arte decorativo. No aludo sólo á ese arte encantador que produce la invención inagotable de utensilios para la vida cotidiana, no: aquel calificativo abraza el arte griego todo entero, hasta el día en que empieza á preocuparse de la expresión moral y de la personalidad humana. No nos cansaremos de repetirlo: el género decorativo no comprende sólo lo gracioso, lindo y agradable: lo bello le pertenece igualmente, y por la misma causa, en la medida que lo bello se fija en la forma.»

Y ciertamente, justo es convenir que si en el gran arte helénico distingüense las magistrales producciones que inmortalizaron los nombres de Fidias y Praxiteles, como expresión genuina y dominante de la idea, no cabe olvidar que aparejadas y en armónico consorcio aparecen las estatuas y los bajos relieves, que si bien inspirados en escenas de las leyendas heroicas y en los mitos religiosos, tenían como principal misión la de embellecer monumentos y construc-



MASCARILLA DECORATIVA

ciones y como finalidad la de medios de decoración.

Cierto y determinado número de obras que se produjeron en el glorioso período del Renacimiento y singularmente las que se relacionan con la mitología, asumen el carácter decorativo, así las esculturas como las obras pictóricas. A esta agrupación corres-

ponden varias de las geniales creaciones de Rafael, Correggio, Tiziano, Pablo Veronés, etc., no cabiendo incluir en esta clasificación las de Miguel Angel, por más que la mayor parte de ellas tuvieron como fin y objetivo la decoración.

Admirables decoradores fueron algunos de los artistas que florecieron en la décimotercera centuria, debido sin duda á las condiciones de la época en que vivieron y de la sociedad en que debían poner en acción sus energías, ya que sin parar mientes en lo que se ha dado en llamar el gran arte, sólo se preocuparon en hacer gala de derroches de gracia, en las nimiedades del color y de la forma y en apurar la elegancia de la línea y de los trazos.

El arte decorativo, que tan admirables obras produjo en el pasado, no podía permanecer olvidado y estacionario en el período en que vivimos, con mayor motivo cuando tan provechosas enseñanzas ha debido reportar el movimiento de las originalísimas y geniales producciones de un arte antes poco conocido y hoy tan justamente apreciado y atendido. Nos referimos al arte japonés, esencialmente decorativo y base firmísima en que se asienta la evolución operada en todos los pueblos de la vieja Europa. De ahí, pues, que sea lícito afirmar, por lo que á nosotros atañe, que el género á que nos referimos es el resultado de la asociación de un conjunto de elementos nacionales y exóticos que combina la fantasía del artista.

No es ajena la escultura á la evolución y al movimiento de que nos ocupamos; antes al contrario, toma activa parte y desempeña el oficio de factor



MAYO, MEDALLÓN DECORATIVO

importantísimo. Preciso es convenir, según hemos expuesto anteriormente, que su concurso no corresponde á nuestra época, ya que los objetos pertenecientes á los pueblos antiguos, conservados en los museos y colecciones, atestiguan el cometido que los escultores desempeñaban en la decoración, ya se tratara del embellecimiento de palacios y suntuosas viviendas, ya del mobiliario y de cuantos objetos constituían el adorno de las cámaras y salones, y aun de los de práctica y frecuente aplicación en los usos personales y domésticos.

La influencia de la escultura en el que pudiéramos titular arte íntimo, fué verdaderamente decisiva en el período fructífero del Renacimiento. Los artistas españoles, franceses, italianos y alemanes produjeron obras admirables, causa hoy de encanto, y los nombres de algunos de ellos figuran con el dictado de maestría en los anales del arte.

De ahí, pues, que teniendo tradición, escuela y enseñanzas se haya proseguido la labor, y hoy procuren los mencionados artistas anudar la gloriosa historia, si bien inspirándose en los conceptos que hoy imperan y utilizando los elementos que imponen los cánones artísticos que informan la evolución moderna.

Por lo que á nuestra patria atañe, hemos de consignar que no figuramos entre los rezagados, y que Barcelona puede considerarse como el centro del movimiento artístico peninsular. A su calor han nacido ó recobrado su antiguo y legendario esplendor varias ramas de la producción que hoy, gracias á inteligentes intérpretes, contribuyen al desarrollo y afianzamiento del arte decorativo, cuya intervención

es ya decisiva, y se recurre al auxilio de sus elementos desde lo más nimio á lo más importante.



JOYERO DECORATIVO

En las páginas de esta Revista hemos reproducido algunas obras de gran mérito y de indiscutible valía destinadas á figurar como geniales manifestaciones del esfuerzo y de los talentos de inspirados é inteligentes artistas. Hoy damos á conocer otras de distinta aplicación, dechado de buen gusto y características dentro del género á que pertenecen.

Nos referimos á las graciosas esculturas, determinadamente decorativas, que constituyen hoy la especialidad á que dedica su habilidad é inteligencia el

joven escultor Lamberto Escaler. Si lo clásico y reposado y grandioso inspira admiración y respeto, lo ingenioso, jovial y delicado atrae y produce uno de los goces más agradables del espíritu. Tal acontece con las simpáticas producciones de que hacemos mérito, destinadas á completar ó aumentar los medios de embellecimiento de las viviendas en las que el buen gusto impere y el arte imponga sus armónicas leyes. El gracejo, la distinción y la elegancia de las líneas y la facilidad de ejecución que revelan indican las aptitudes que para el cultivo de este género tan especial como preñado de dificultades residen en el artista á que nos referimos. Conocido era ya Escaler ventajosamente por algunas de sus obras. Aventajado discípulo de otro artista distinguido, del escultor Campeny, abandonó, al separarse del taller de su maestro, la escuela, la clase de escultura á que con singular aprovechamiento se había dedicado, para consagrarse por completo y en absoluto al cultivo de las producciones decorativas, creando una especialidad cuya primacía le corresponde. Al examinar sus obras experimentase la agradable impresión que en el ánimo produce

todo aquello que responde á la expresión de un objetivo delicado y se armoniza con las necesidades que



JOYERO DECORATIVO

imponen un espíritu culto. Basta fijarse en las bellas producciones que reproducimos para apreciar hasta dónde alcanza la originalidad del artista y su indiscutible maestría para modelar con aparente facilidad, de manera que resultan las obras desprovistas de premiosos aditamentos, por más que el autor deba vencer dificultades y escollos que han de ofrecerle, las más de las veces, la disposición de una línea, que podría desvirtuar la finalidad de la producción.

Entendemos que el Sr. Escaler merece plácemes por sus esfuerzos y justas alabanzas por sus aptitudes, inteligencia y laboriosidad, no titubeando en dedicarle estas líneas como testimonio de la simpatía y consideración que nos merecē. — G. LL.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

COMERCIO EXTERIOR Y MOVIMIENTO DE NAVEGACIÓN DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY Y VARIOS OTROS DATOS CORRESPONDIENTES AL AÑO 1900 COMPARADO CON 1901. — Anticipándose á la publicación de los Anuarios de 1899 y 1900, la Dirección general de Estadística del Uruguay ha reunido en este folleto cuantos datos se relacionan con el comercio y la navegación del Uruguay, clasificados con el excelente método que tantas veces hemos elogiado en las publicaciones de aquella oficina. Ha sido impreso en la Tipografía de la Escuela Nacional de Artes y Oficios de Montevideo.

EL PROBLEMA DEL PACÍFICO, por Enrique Martínez Sobral. — En este folleto ha coleccionado el abogado chileno señor Martínez Sobral varios artículos publicados en el periódico guatemalteco «La República» sobre la tan debatida cuestión de Tacna y Arica, el reto del Sr. Santos Chocano, para una discusión con arbitraje obligatorio, la aceptación del reto por el Sr. Martínez Sobral, un extracto del discurso por éste pronunciado en dicha discusión y el veredicto del jurado emitido en Guatemala. Ha sido impreso en Guatemala, en la imprenta de «La República.»

DISCURSO LEÍDO EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1901 Á 1902 EN LA UNIVERSIDAD DE GRANADA, por el Dr. D. Antonio Velázquez de Castro. — El ilustre catedrático de la Facultad de Medicina de la Universidad de Granada se ocupa en este discurso de la *Energía cerebral creadora y condiciones de su desarrollo*, importante tema que el Sr. Velázquez de Castro trata con gran conocimiento científico. Es un trabajo que demuestra profundos estudios de biología é histología y gran erudición, y que además interesa por la aplicación de las deducciones científicas á la literatura, música, pintura y otras ramas de los conocimientos humanos. El folleto ha sido impreso en Granada en la tipografía de Indalecio Ventura López.

LA MUJER RAZONABLE Y CRISTIANA, por A. M. Rocher, traducción de María del Carmen Pimentel. — En cuatro partes se divide esta hermosa obra, y son: 1.ª Naturaleza de la mujer. Principales facultades de su alma. — Cuidado de su cuerpo y de su salud; 2.ª La mujer razonable y cristiana en el celibato; 3.ª La mujer razonable y cristiana en el matrimonio; 4.ª La mujer razonable y cristiana en la sociedad. Por este sumario puede apreciarse la importancia del libro, que abarca toda la existencia de la mujer y que ha merecido los más entusiastas elogios de ilustres preladados franceses. De su lectura se desprenden admirables y provechosas enseñanzas, pues en ella abundan las más atinadas consideraciones y los más sabios consejos inspirados en la moral cristiana, siendo por consiguiente un guía precioso, así para las jóvenes solteras, como para las madres de familia. La traducción de la Sra. Pimentel, á quien debemos felicitar por haber vertido al castellano tan interesante libro, está hecha con gran cariño y en elegante lenguaje. El tomo, impreso en Valladolid en la tipografía de J. M. de la Cuesta, tiene 560 páginas y se vende á cuatro pesetas.

ELS SOTS FERESTECHS, por Raimundo Casellas. — No es esta obra del distinguido escritor catalán una novela en la genuina significación de esta palabra, sino una narración, casi un poema, en el que se exponen de una manera magistral vicios y virtudes cuyo contraste interesa y subyuga, hasta el punto de que es imposible abstraerse á la impresión honda y altamente sugestiva que su lectura produce; hay capítulos que llegan á sobrecoger el ánimo. Los tipos están arrancados del natural; los lugares, descritos con tal verdad que parece que los estamos viendo, y los caracteres así como el desarrollo de la acción revelan un conocimiento profundo del corazón humano y son un reflejo fidelísimo del modo de ser de los montañeses de determinada comarca de nuestra región. Aparte de estas bellezas de fondo, abundan en la obra las de forma, pues está escrita en catalán castizo, y aun tratándose del lenguaje de gentes rústicas, nunca degenera en vulgar. El Sr. Casellas ha aportado á la literatura regional una obra de gran valía bajo todos conceptos, y por ello merece el más entusiasta aplauso. *Els sots ferestechs*, elegantemente impreso, se vende á 3'50 pesetas.

UN JOROBADO OPORTUNO, por Cirilo E. Sangiani. — Juquete en un acto bastante bien versificado y de acción movida, primera producción dramática de su autor. Ha sido impreso en Chacabuco en la imprenta y encuadernación de «El Mentor.»

LOS MÉDICIS, por Alejandro Dumas. — Este libro, interesantísimo como todos los del eminente novelista francés, es un estudio de las dos ramas de la poderosa familia florentina, en el que se hace la historia de cada uno de los individuos de ésta presentada en esa forma novelesca que tan admirablemente sabía dar á sus obras el autor. El libro, editado en Barcelona por D. Luis Tasso, se vende á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernado en tela.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

España Cartófila, revista mensual ilustrada barcelonesa; La Opinión postal y telegráfica, que se publica tres veces al mes en Barcelona; La Harmonía, publicación musical quincenal barcelonesa; La Medicina Científica en España, revista mensual barcelonesa; Boletín de la Tarjeta postal ilustrada, revista mensual ilustrada barcelonesa; Boletín de la Biblioteca Museo Balaguer, revista mensual de Villanueva y Geltrú; Boletín Musical, revista mensual de Sabadell; La Lectura, revista mensual ilustrada madrileña; Revista Contemporánea, publicación quincenal madrileña; Bibliografía Española, revista quincenal madrileña; La Patria de Cervantes, revista mensual ilustrada madrileña; Gente conocida, revista decenal aristocrática madrileña; Sol y sombra, semanario taurino madrileño; El Mundo Latino, gran periódico intercontinental que se publica semanalmente en Madrid; Gaceta Médica de Granada, revista quincenal; Idearium, revista quincenal granadina; Unión Ibérica, revista mensual de Murcia; El Demonio, semanario de Badajoz; Cataluña, Aragón, Valencia y Baleares, revista que se publica cuatro veces al mes en Buenos Aires; Revista del Centro Universitario de la Plata, publicación mensual; La Revista Nueva, publicación mensual de Santiago de Chile; El Pensamiento Latino, revista quincenal de Santiago de Chile.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
 Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*; los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas **Afecciones del Corazon**, **Hydropesias**, **Toses nerviosas**; **Bronquitis, Asma**, etc.
 Empleado con el mejor éxito
 El mas eficaz de los **Ferruginos** contra la **Anemia, Clorosis**, **Empobrecimiento de la Sangre**, **Debilidad**, etc.
G **Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

E **rgotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN** **HEMOSTÁTICO** el mas **PÓDEROSO** que se conoce, en poción ó en inyección ipodérmica. Las **Grageas** hacen mas fácil el **labor del parto** y **detienen las pérdidas**.
 Medalla de Oro de la **S^{ta} de Fia de Paris**
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de **Aboukir**, Paris, y en todas las farmacias.

Las **Personas que conocen las PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la **ACADEMIA DE MEDICINA**
PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de **PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS**
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS **DISPEPSIAS**
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA **DIGESTION**
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los **Males de la Garganta**, **Extinciones de la Voz**, **Inflamaciones de la Boca**, **Efectos perniciosos del Mercurio**, **Irritación que produce el Tabaco**, y **especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la **emisión de la voz**. — **PRECIO: 12 REALES.**
 Exigir en el rotulo a firma **Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS**

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL de los **DRS JORET HOMOLLE**
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F^{ca} G. SEGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las **gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes**, para facilitar la **digestion** y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la **epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones** y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las **afecciones nerviosas**.
Fabrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

PÍLDORAS BLANCARD
 con **Yoduro de Hierro inalterable**
 Aprobadas por la **Academia de Medicina de Paris**, etc.
 Contra la **ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO**
 Exigase el **producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.**
PÍLDORAS BLANCARD
 con **Yoduro de Hierro inalterable**
 Aprobadas por la **Academia de Medicina de Paris**, etc.
 Contra la **ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO**
 Exigase el **producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.**
PÍLDORAS BLANCARD
 con **Yoduro de Hierro inalterable**
 Aprobadas por la **Academia de Medicina de Paris**, etc.
 Contra la **ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO**
 Exigase el **producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.**

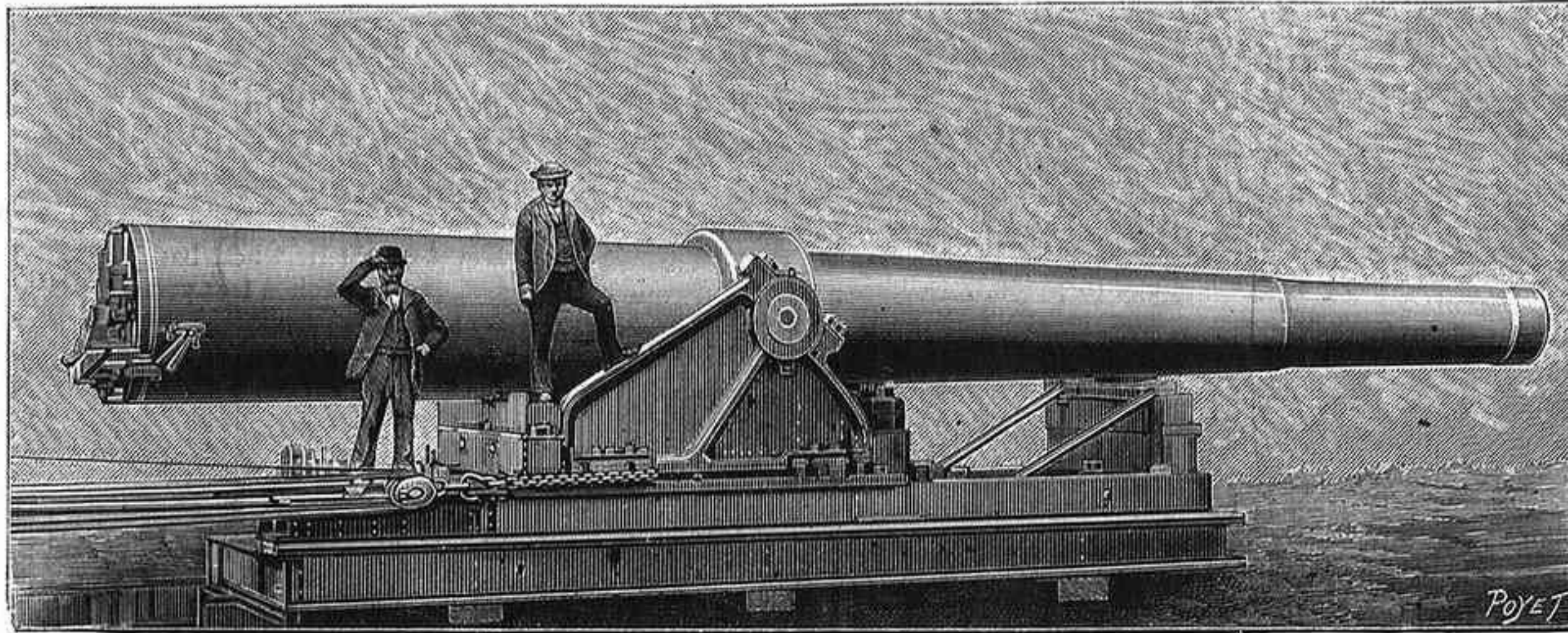
ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con **BISMUTHO y MAGNESIA**
 Recomendados contra las **Afecciones del Estómago**, **Falta de Apetito**, **Digestiones laboriosas**, **Acedias**, **Vómitos**, **Eructos**, y **Cólicos**; regularizan las **funciones del Estómago** y de los **Intestinos**.
 Exigir en el rotulo a firma de **J. FAYARD**.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

EL NUEVO CAÑÓN AMERICANO

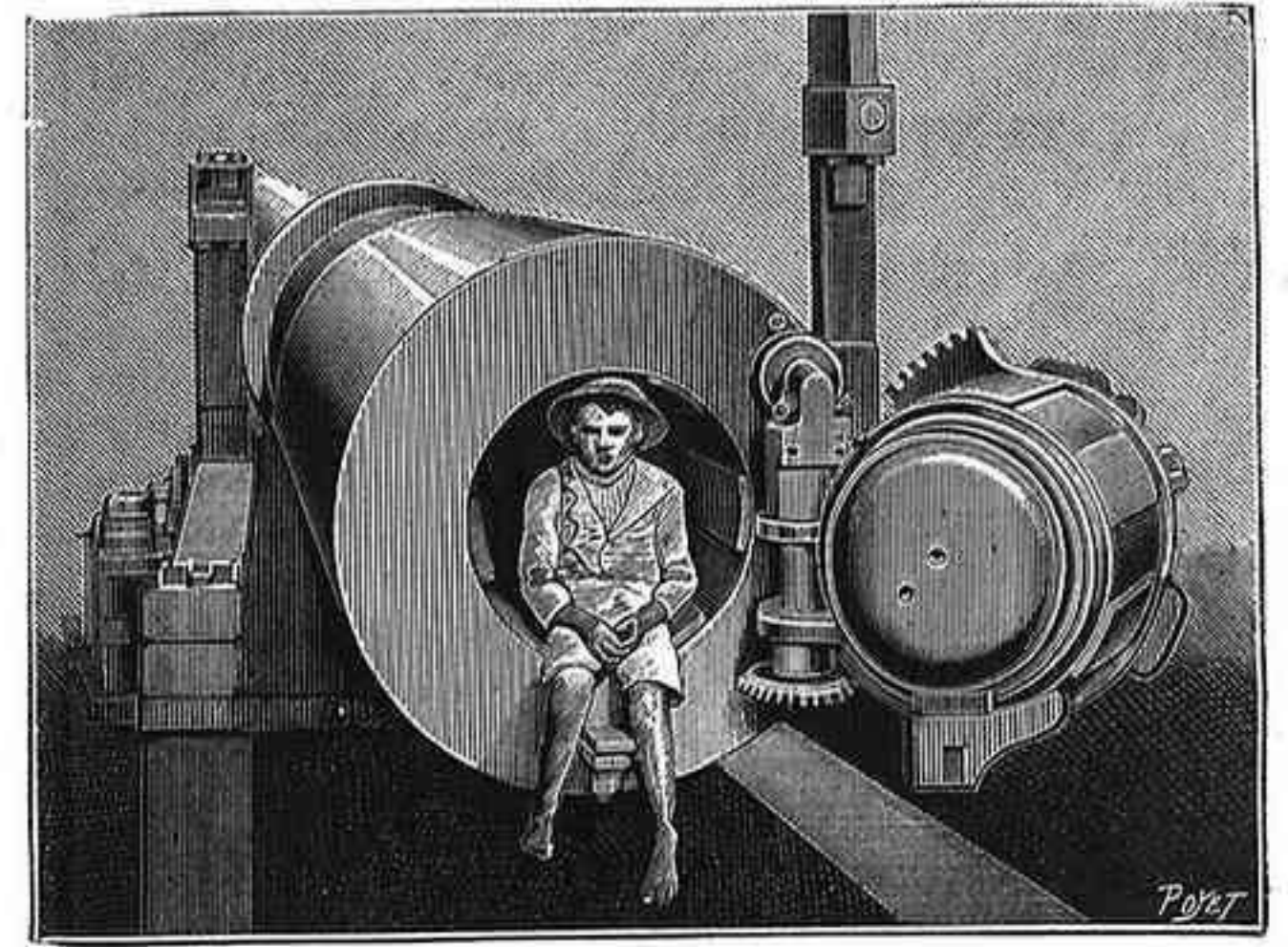
Sabido es que el fin que persiguen hoy en día los artilleros es conseguir que los proyectiles abran en la superficie endurecida de las corazas de los buques un agujero suficiente para que la potencia de deto-

ha sido ensayado recientemente y que, gracias á su gran calibre, permite emplear un proyectil de gran capacidad. El peso del cañón es de 60 toneladas, su longitud de 13'40 metros y su diámetro exterior en la vertical de la cámara de 1'14 metros, lo cual supone un espesor considerable de las paredes. El

perior á los cañones cuyos proyectiles toman mucho mayor velocidad. Además, estos ingenieros especialistas calculan que la energía total desarrollada por el proyectil en su punto de llegada, gracias á su potencia propia y al explosivo que contiene, representará unos 154 millones de kilográmetros. Desde el



EL NUEVO CAÑÓN AMERICANO GATHMAN. - I. Vista del cañón en conjunto



2. Vista de la embocadura del cañón.

nación de la substancia explosiva contenida en el proyectil se ejerza detrás de la coraza. Generalmente se tiende á retardar la explosión hasta que la bala haya atravesado la plancha, resultado muy difícil de obtener.

Dos ingenieros americanos, Emilio y Luis Gathman, pretenden resolver de distinta manera y con éxito el problema, haciendo llegar al contacto mismo de la placa (ya que es necesario un contacto íntimo para que el efecto de ruptura sea completamente utilizado) una masa considerable de substancia explosiva contenida en el proyectil.

A este objeto han hecho construir en los talleres de la célebre «Bethlehem Iron Company» un cañón llamado torpedo, de 457 milímetros de calibre, que

rayado es del tipo Gathman con un paso que varía de 0 á 1/35.

La carga de pólvora es de 140'6 kilogramos, y su misión consiste en lanzar un proyectil de 816 kilogramos que contenga 286 kilogramos de carga explosiva á una velocidad que en la boca ha de ser solamente de 640 metros. El explosivo es de algodón pólvora, tratado de manera que sea insensible á la sacudida causada por la explosión de la pólvora. Los inventores cuentan lograr una trayectoria muy recta, un alcance tan considerable como el de las mejores piezas de servicio y una potencia viva de 16.995.000 kilográmetros en el punto de choque, atendiendo sólo al peso del proyectil. Este resultado lo dan los inventores como prueba de que su arma es muy su-

punto de vista de los efectos balísticos que de este cañón pueden esperarse, podemos relacionarlos con los alcanzados por un obús de 0'30 metros con una carga de sólo 90 kilogramos de algodón pólvora húmedo y del tipo llamado «torpedo.» Se ha visto siempre que la onda de explosión se produce y obra en el sentido que se quiere, por consiguiente hacia adelante, pulverizando, por decirlo así, una plancha de 30 centímetros con todo lo que la sostiene. El proyectil-torpedo en cuestión se pondría precisamente en contacto íntimo con el blanco que se ha de destruir gracias al detonador de seguridad y al cohete de base, que han sido también inventados por los Sres. Gathman.

P. DE M.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con
PEPTONA
 es
 el más precioso de
 los tónicos y el mejor
 reconstituyente.
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
 Y EN TODAS FARMACIAS.

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
 de la
Real Casa



26 Diplomas
 de Honor.
 31 Medallas
 de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
 por las Autoridades Médicas de todos los Países.
 Contiene la leche pura de los Alpes Suizos.
 Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.
 Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
 Jerez de la Frontera.

Francia 5fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOSES
 EFLORESCIENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES et Co. 21, St-Denis

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
 curación de las *Afecciones del*
pecho, Catarros, Mal de gar-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,
de los Reumatismos,
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
 este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

VINO NOURRY
 Por su sabor
 agradable y
 su eficacia en
 los casos
 de
**ANEMIA
 DEBILIDAD
 LINFATISMO y
 ENFERMEDADES
 del PECHO**
 Sustituye con ventaja
 á las Emulsiones y
 al Aceite de Hígado de Bacalao.
 CLIN y COMAR, PARIS - y en todas las Farmacias.

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ
 DUSSEE, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
 Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazares.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN